

# EL TESTIMONIO DE GRANDES CREYENTES

*El ejemplo de  
personajes bíblicos  
capaces de  
entusiasmar  
también hoy  
en el tema de la fe*



Un viejo proverbio dice: “Las palabras vuelan, los ejemplos arrastran”. En el momento de presentar a los catequistas y laicos una catequesis sobre la fe, nos ha parecido muy conveniente detenernos en el ejemplo que nos ofrecen algunos personajes bíblicos en su actitud creyente ante los desafíos y problemas de la vida. El Año de la Fe se presenta propicio para insistir en los aspectos teóricos y doctrinales de la fe. En otro momento ofreceremos una catequesis sobre los contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica, que todo cristiano está llamado a conocer. Pero ahora nos interesa, no tanto lo teórico como lo vivencial, el ejemplo y el testimonio de figuras bíblicas que supieron dar una respuesta de fe en momentos y circunstancias difíciles, capaces también ellos de entusiasmar al cristiano de hoy que quiera llevar la fe a la vida.

Esta catequesis está inspirada en el capítulo 11 de la carta a los Hebreos, donde se hace una bella descripción de la naturaleza viva de la fe. Recomendamos como pórtico a esta catequesis, la lectura atenta de todo el capítulo, con esa galería de figuras inmortales que allí aparecen, personajes imponentes en la fe, capaces de enfrentarse a situaciones sobrehumanas con tal de no apartarse de su Dios. Se repite machaconamente en todo el capítulo las expresiones “por la fe”, “en la fe”, “aconteció por su fe”; la fe es la clave de comprensión de toda su vida, pero no como un silogismo intelectual, sino como una adhesión llena de amor al Dios vivo y verdadero.

La presente catequesis no tiene pretensiones científicas: no nos acercamos a los personajes bíblicos con una preocupación biográfica ni exegética, tampoco exhaustiva; no ha sido escrita para una publicación. Se trata simplemente de hacer una presentación-resumen, llevado de la mano de los expertos en la materia, con el fin de **destacar la faceta creyente del personaje bíblico** e invitar así a la maduración de la fe del catequista y del laico que trabaja esta catequesis.

En cada uno de los personajes estudiados trazaremos el mismo esquema: 1) *Presentación del personaje*: muy brevemente nos interesa conocer de qué personaje se trata, sus rasgos y cualidades humanas y espirituales. En la medida de lo posible, damos a conocer las circunstancias sociales, políticas y religiosas en las que se desarrolló su vida de creyente, 2) *La vocación*: tratamos de describir cómo Dios llama al personaje a realizar un encargo, una misión, generalmente difícil y superior a sus propias fuerzas, 3) *La Prueba*: la fe que pasa por la prueba es la fe que comprueba su calidad y autenticidad. Lejos de renegar de su creencia en Dios, o de huir ante la dificultad, el personaje bíblico no se asusta sino que acoge la prueba como una ocasión para confesar su fe y dar una respuesta de fe asumiendo una actitud creyente, 4) *Respuesta de fe*: en cada personaje destacamos la respuesta de fe que a lo largo de su vida o en circunstancias determinadas ofrecen al Dios Vivo. Esta respuesta de fe, que está formulada en el texto nada más enunciar al personaje, es una

faceta o dimensión que se presenta a nosotros como enseñanza sobre la fe en el momento presente, 5) *Actualidad del mensaje*. Aunque son personajes que distan de nosotros en el tiempo, sin embargo, su respuesta de fe ofrece una enseñanza actual que se ha de aprender en el momento presente, 6) *Para profundizar en grupo*: en cada figura bíblica ofrecemos unas pistas de trabajo para compartir y profundizar en el grupo y así asimilar la enseñanza que cada creyente bíblico despierta en nosotros, 7) *Bibliografía*. Recomendamos el encuentro con los textos bíblicos fundamentales y la lectura detenida de la literatura manejada en esta catequesis. Aquí hacemos solamente un subrayado de las ideas fundamentales de esas páginas, que se pueden consultar para sacar mayor rendimiento. Resultará además muy provechoso señalar con anterioridad los textos bíblicos centrales de cada personaje, para que cada participante traiga leídos a cada sesión los capítulos indicados.

También podría resultar conveniente que los apartados 1, 2, 3 y 4 presentara, en la medida de lo posible, el monitor del grupo, en forma de narración, y el grupo trabajara los números 5 y 6. De esta forma se agiliza más la reunión.

Sugerimos una temporalización de la catequesis: desde octubre hasta junio se puede ir trabajando mensualmente un personaje en el orden en que aparece.

El Secretariado Diocesano de Catequesis, a petición de la Comisión preparatoria del Año de la Fe, ha elaborado esta catequesis para responder a la demanda siempre necesaria de una **formación permanente** de catequistas y laicos que militan en movimientos apostólicos, o pertenecen a hermandades y cofradías, sobre el tema importantísimo, rico y sugerente de la fe. De esta manera, hemos querido recoger los dos objetivos de nuestro Plan Diocesano de Pastoral en un mismo trabajo: el acercamiento a la Biblia y la profundización de la fe. En la Palabra de Dios hallamos el mayor testimonio de lo que significa creer.

**Aurelio Ferrándiz García**

Director del Secretariado Diocesano de Catequesis



# ABRAHÁN

## (octubre)

*La fe que es  
obediencia y  
confianza total  
en Dios*

ABRAHÁN

Impresiona hoy más que nunca la fe de Abrahán hecha de obediencia a Dios y confianza total en su promesa en medio de las pruebas. Su obediencia y confianza está resumida en su respuesta: “Aquí estoy”. En tres ocasiones a lo largo de texto del sacrificio de Isaac, Abrahán responde a la llamada de Dios con las expresiones: “Aquí estoy, aquí me tienes”. Obedecer cuando toda va a nuestro favor resulta fácil, pero perseverar en la obediencia cuando parece que hasta Dios nos da la espalda es mucho más complicado. Abrahán no solo obedeció por la fe, sino que se mantuvo obediente en la promesa, incluso cuando Dios le pone a prueba en esa misma promesa.

## 1. Presentación del personaje:

### El hombre en busca de Dios

Abrahán es un personaje bíblico de un relieve fundamental y muy importante. Cerca de dos mil millones de personas en nuestro mundo, pertenecientes a las tres grandes religiones monoteístas (judía, musulmana y cristiana) lo consideran modelo de fe y le llaman “padre de su fe”. Es una de las figuras más significativas de la historia religiosa del mundo.

De Abrahán podemos decir que fue el jeque de un clan nómada que emigró desde Mesopotamia a Canaán al comienzo del segundo milenio a. C. Lo que la Biblia nos dice de él se escribió más de diez siglos después y, a pesar de ello, Israel había guardado en sus tradiciones el recuerdo de aquel hombre en el que encontraba las raíces de su fe.

La vida de Abrahán está contenida en los capítulos 12-25 del Génesis. Vemos allí una narración aparentemente continuada de su vida, su genealogía, su vocación a abandonar su tierra para vivir en itinerancia, su bajada posterior a la tierra de Canaán pasando por Siquén, Betel y Berseba, hasta afincarse en Hebrón.

Pero a nosotros lo que nos interesa no es tanto la figura histórica de Abrahán sino la persona que ha ido emergiendo en la tradición bíblica como la figura de un antepasado en la fe, como “tipo” del hombre en busca de Dios. Abrahán aparece como un modelo de confianza en el Señor y de obediencia a su palabra. Escogeremos aquí algunos de

estos relatos centrales de su vida para delinear un perfil espiritual que nos sirva como un modelo del camino en la fe.

## 2. La Vocación de Abrahán:

“Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición” (Gn 12,1-2)

La aventura comienza cuando Abrahán se pone a buscar una tierra y una descendencia. No tiene hijos y su mujer es estéril. Y estando en Jarán, al norte de Mesopotamia, oye la voz de Dios que le dice: “Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición” (Gn 12,1-2).

En la vocación de Abrahán, como en toda vocación de signo religioso, es Dios quien toma la iniciativa, llama y elige. Podemos decir que la historia de Abrahán discurre al ritmo marcado por Dios. La vocación no es ningún mérito personal, sino un don generoso de Dios. Es una iniciativa de amor. Se repite constantemente en el relato de Abrahán: “A tu descendencia daré...”. Dios le dará una tierra (Gn 12,7; 13,15). Le promete una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo o las arenas de la playa (Gn 15,5; 17,16). Hace con él un pacto, una alianza, en la que sólo Dios se compromete (Gn 15, 18ss).

¿Qué le pide Dios a Abrahán por estos dones y distinciones? Que se fíe de Él, que confíe en su palabra, que tenga fe y se ponga en marcha. Abrahán no vacila en creer lo imposible y su fe alcanza recompensa; Sara, su mujer, tiene un hijo en la ancianidad: Isaac.

## 3. La prueba:

“Después de estos sucesos, Dios puso a prueba Abrahán. Le dijo: “ Abrahán, Abrahán” (Gén 22,1).

Dios prueba a Abrahán, al mismo tiempo que le muestra su especial protección. Ya cerca de la tercera edad, le nació el hijo de la esclava, Ismael, y después el hijo de la promesa, Isaac. Cuando Isaac es un muchacho prometedor, en el que el Padre ha puesto todas sus esperanzas, Dios se lo pide en sacrificio. Los cananeos, con los que

convivía Abrahán, practicaban el sacrificio de niños a sus dioses. El Dios verdadero no es un Dios de muertos, sino de vivos y amante de la vida. Sin embargo, para probar el amor de Abrahán y para manifestar a los cananeos que no son aceptables sus sacrificios humanos, va a pedir a Abrahán algo sobrehumano, el sacrificio de su hijo Isaac, en quien tenía puestas todas sus esperanzas. Abrahán, con el corazón destrozado, no duda. Piensa que a Dios no se le puede negar nada; Él tiene la primacía en todo. Y cuando tiene al hijo puesto en el altar, sobre la leña, que el hijo mismo ha subido al monte Moria, y el padre el cuchillo en la mano para sacrificarlo, oye la voz de Dios que le dice: “Abrahán, no alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo” (Gn 22, 11-12). El que escribió este relato intenta transmitirnos la grandeza y el valor de esa actitud de total disponibilidad, abandono y confianza y pone en boca de Dios estas palabras que encierran una admiración emocionada: “Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado a tu hijo, tu único hijo, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa” (Gn 22, 16-17).

Aquí vemos que la fe de Abrahán es provocada al límite extremo. Es realmente una prueba de fe, una prueba de fe que atañe a la promesa, no se refiere sólo a la ternura por su hijo, sino que atañe a toda la posteridad a él prometida en este hijo. Abrahán tiene consigo esa pequeña prenda en la que ve la bendición de Dios, y ahora le es quitada; ¿dónde está pues la bendición de Dios? ¿Dónde puede estar? Como señala el comentario de la Biblia de la Conferencia Episcopal Española, la fe de Abrahán, no exenta de dudas, denota su confianza en unas promesas humanamente irrealizables.

#### **4. La respuesta de fe:** confianza en Dios en medio de las pruebas

Cada vez que Dios le había buscado, allí estaba Abrahán, abierto a la escucha, dispuesto siempre a obedecer y a caminar en la presencia de su Dios con absoluta integridad. La fe de Abrahán la refleja muy bien el libro de 1º de Macabeos 2, 52 cuando dice: “Abrahán no fue acaso fiel en la tentación y no le fue acreditado a justicia”. Esta frase puede significar que no se detuvo en la obediencia de la fe, sino que perse-

veró en esta obediencia, incluso cuando se convirtió en casi imposible de superar. Aquí se insiste precisamente en el objeto central de la fe Abrahán y de la promesa: la descendencia. Abrahán es tentado en el objeto central de la promesa (su hijo), que le había sido dado y acepta la promesa sobre este objeto. Y de nuevo en Hebreos (6, 15) se insiste en la perseverancia: “Y así, perseverando, alcanzó lo prometido”

La carta a los Hebreos describe perfectamente a Abrahán como un creyente modelo en la fe, leamos todo el texto: “Por la fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas, y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa, mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios. Por la fe también Sara, siendo estéril, obtuvo vigor para concebir cuando ya le había pasado la edad, porque consideró fiel al que se lo prometía. Y así, de un hombre, marcado ya por la muerte, nacieron hijos numerosos, como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas. (...) Por la fe, Abrahán, puesto a prueba ofreció a Isaac, ofreció a su hijo único, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: ‘Isaac continuará tu descendencia’” (Hebreos 11, 8-18).

## 5. Actualidad del mensaje:

Decirle a Dios “Aquí estoy, aquí me tienes”

Impresiona hoy más que nunca la fe de Abrahán hecha de obediencia a Dios y confianza total en su promesa en medio de las pruebas. Su obediencia y confianza está resumida en su respuesta: “Aquí estoy” (22,1,7,11). En tres ocasiones a lo largo de texto del sacrificio de Isaac, Abrahán responde a la llamada de Dios con las expresiones: “Aquí estoy, aquí me tienes”. Dolores Aleixandre define muy acertadamente a Abrahán como el hombre del “aquí estoy”. Tener la fe de Abrahán es confiar en Dios como él confió, hasta decir aquí estoy para todo lo que me pidas.

Una primera consecuencia que sacamos de la fe de Abrahán consiste en que en la fe no importa tanto las palabras como las acciones: significa hacer algo como consecuencia de lo que creo y no tanto hablar de ello. Abrahán estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac

en el altar y por tal motivo fue llamado “amigo de Dios”. La Carta de Santiago dice a propósito de Abrahán: “Por las obras esa fe logró la perfección” (Sant 2, 22). Nuestra fe necesita la respuesta diaria de las obras, aunque cueste sacrificio.

Es verdad que Dios nunca nos pedirá directamente que sacrifiquemos a un hijo. Pero también es cierto que en un mundo de pecado, la fidelidad a lo absoluto de Dios y nuestro amor a Dios sobre todas las cosas nos llevará a tomar opciones que pueden acarrear sacrificios muy dolorosos, no porque Dios los quiera directamente, sino porque nuestro mundo de pecado los exige y provoca. Dios guarda silencio, no interviene, y podríamos erróneamente interpretar este silencio como complicidad. En estos casos, nuestra fidelidad a lo absoluto de Dios, nuestra prontitud a preferir “padre o madre, o hijos, y hasta la propia vida” –condición para ser discípulos de Jesús- (Lc 4, 26), pueden expresarse simbólicamente en la obediencia de Abrahán.

¿Por qué misteriosa necesidad debe darse la prueba? Responde el cardenal Carlo Maria Martini que estando el mundo bajo el signo del maligno, es decir, estando el hombre en un estado histórico de humillación, quien se pone a hacer el bien es imprescindible que encuentre obstáculos. Tenemos pruebas en la justicia, fortaleza, templanza; es difícil ser justos, castos, templados, honestos en un mundo que tiende a lo contrario; por tanto, la prueba es absolutamente inevitable en la vida. La prueba como tal, precisamente porque es prueba, tiene algo de incomprensible y de absurdo. Es el drama de la prueba. La prueba tiene actos incomprensibles, absurdos, igual que para Abrahán, porque es algo que casi parece ir más allá del límite. ¿Y cuál es el Evangelio, el kerigma para la prueba, como lo deducimos de la historia de Abrahán y lo leemos en el conjunto de toda la Escritura? La respuesta es que la prueba es prueba de Dios en cuyas manos estoy. Mientras la prueba, por su propia naturaleza, me hace decir: Dios me ha abandonado, Dios no existe, el Evangelio me dice: Estás en la prueba, pero Dios te tiene en sus manos; y, así tiende a llevar todo a la dinámica de la promesa y del abandono en la palabra.

La tradición neotestamentaria ha leído en la historia de Abrahán el amor de Dios que, dándonos al Hijo, nos asegura que ninguna prueba, de ningún tipo, podrá ir nunca más allá de lo que es una prueba, es decir, separarnos como tal prueba del amor de Dios. La prueba por parte de Dios permanecerá siendo prueba y no se convertirá en escándalo.

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? Como dice la Escritura: “Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a Aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni potencias, ni presente, ni futuro, ni potestades, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Rom 8, 35-39).

La prueba es prueba de un Dios que nos toma estrechamente de la mano.

## **6. Para la reflexión personal y en grupo:**

- La historia de Abrahán la encontrarás en Gn 12-24. Lee despacio el texto del sacrificio de Isaac Gn 11, 27-12, 9 y 22, 1-19 y reconoce los momentos en que Abrahán dice “aquí estoy”. Trata de pensar los sentimientos por los que pasaría Abrahán hasta llegar a decir “aquí estoy”. ¿Has vivido tú alguna situación parecida?

- ¿Qué es lo que más te llama la atención en la fe de este personaje? ¿Qué aprendes para tu fe?

- Reflexiona y comparte con los demás cómo es tu fe, si está abierta a una actitud de disponibilidad total a Dios incluso en las pruebas más duras.

- Para ser fiel a tu vocación, ¿no encuentras también pruebas en tu vida? ¿Cuáles son? ¿Cómo te comportas en esas pruebas? ¿Imitas a Abrahán dispuesto a sacrificar por Dios lo que más amaba en el mundo?

- Medita las pruebas que Dios ha puesto a lo largo de tu vida y cómo Dios no te ha soltado de la mano

- ¿Qué rasgos de la fe de Abrahán ves como anticipo de la vida de Jesús?

## 7. Bibliografía

Aleixandre D., *La fe de los grandes creyentes*, Cuadernos Proyecto Catequista nº 5, CCS, Madrid 1997, 11-13: “Abrahán, el hombre del “aquí estoy”.

Martini C.M., *Vivir con la Biblia. Meditar con los protagonistas de la Biblia guiados por un experto*, Planeta-Testimonio, Madrid, 7-61: “Abrahán, nuestro padre en la fe”.

Martín Moreno J.M., “Abrahán”, en *La parra y la higuera. Historia y personajes de la Biblia*, PPC, Madrid 2004, 7-25.

Pérez Riesco J., *Encuentros con Dios. Testimonios bíblicos*, El Perpetuo Socorro, Madrid 2005, 11-19.

Puigdollers R., *Las figuras bíblicas, testimonio de Cristo*. Colección Emaús 99, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2012, 30-33.



# MOISÉS

(noviembre)

*La fe que se  
entrega y sacrifica  
por su pueblo*

MOISÉS

La prueba decisiva para la fe de Moisés no estuvo fuera (Egipto) sino dentro, en su propio pueblo: Desde el principio hasta el final le hará compañía la interminable queja de sus hermanos. La fe de Moisés se tradujo en un amor apasionado, entregado y sacrificado por su pueblo. Nunca el desaliento hizo presa en Moisés. Muy al contrario oró incesantemente por el pueblo que no lo entendía, con la inquebrantable conciencia de que Dios estaba en medio de él, sufriendo con él, suscitando conciencia, sembrando el anhelo de la libertad

## 1. Presentación:

“Dios lo salva”

No cabe duda de que Moisés es uno de los personajes bíblicos más importantes y determinantes en la historia del pueblo judío. Nace en Egipto en el siglo XIII antes de Cristo. Es hijo del pueblo éste soportaba la esclavitud de los egipcios.

Cuenta la Biblia que, cuando tenía solo tres meses, su madre, para salvarlo de la muerte, lo colocó en una cesta entre los cañaverales y juncos del río Nilo. Bajó a bañarse la hija del Faraón, oyó los llantos de la criatura y mandó a una sirvienta que se la trajese. Aquel que era un niño, se conmovió y lo adoptó por hijo. Le puso el nombre de Moisés que significa salvado de las aguas. Sea leyenda o sea historia a la Biblia lo que le interesa es enseñarnos una lección: que Moisés es objeto de una especial providencia de Dios que lo salva. Moisés está en peligro de muerte, debía ser asesinado, podía haber sido tragado por las aguas del río, y sin embargo es salvado. Moisés es sometido a una refinada educación: “Fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios”. Pero un día, cuando Moisés fue a la barriada donde vivían sus compatriotas, observó con indignación cómo un capataz egipcio golpeaba a un israelita. No pudiendo contener la ira, mató al egipcio. Enterado el Faraón, lo buscó para matarlo. Moisés huyó (cf. Ex 2).

## 2. La llamada de Dios:

“Y ahora marcha, te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel” (Ex 3, 10)

Al llegar a Madián, se paró a descansar a la orilla de un pozo. Acudieron las hijas del sacerdote Jetró, y él les ayudó a abrevar el rebaño. Le invitaron a hospedarse en su casa. Pasado un tiempo, el sacerdote Jetró le dio en matrimonio a su hija Séfora.

En adelante la vida de Moisés será la de pastor. Un día, estando con el rebaño, sintió la irrupción de lo divino. Presiente que Dios quiere hablarle al ver una zarza que arde sin consumirse. Tenía ya bastantes años; fue el momento decisivo de su vida. Dios le reveló su vocación definitiva: liberar a Israel de la servidumbre y la opresión de Egipto, y conducirlo a través del desierto a la tierra que mana leche y miel, en Canaán.

Moisés intentaba sacudirse de los hombros aquella enorme responsabilidad y se evadía hacia el terreno de su propia incapacidad. “¿Quién soy yo?”; “ Pero si no me expreso bien”; “Manda a otro, por favor...!” Pero Dios no cedió y Moisés tuvo que acabar aceptando. Dios le anima y le hace descubrir que la iniciativa de liberar a Israel no es suya; él sólo es el instrumento del que Yahvé se vale. Y para que cobre confianza le revela su nombre: “Yo soy el que soy” (Ex 3, 14). Les dirás: “Yo soy me envía a vosotros”. Aarón, tu hermano, será tu boca. Y lo más importante: “Yo estoy contigo” (Ex 3,12).

## 3. La prueba:

“¿Qué puedo hacer con este pueblo? Por poco me apedrean” (17, 4)

A pesar de todo, cumplir esta misión le costará a Moisés lucha, sudor y sangre. La salida fue difícil. El Faraón no podía tolerar que se le escapara una mano de obra tan barata. Al fin, el Faraón cede y los hebreos con Moisés al frente, abandonan Egipto, pasan el mar Rojo a pie enjuto, mientras que el ejército egipcio perece bajo las aguas. Es el éxodo, la liberación de Israel.

Pero donde Moisés encuentra la prueba decisiva no es fuera sino dentro. Fue la dureza de su propio pueblo, la desconfianza de sus her-

manos, el gesto distante de quien no acepta un gesto de libertad. El pueblo mismo no tiene conciencia de su presión: cuando se fuerzan sus trabajos, se pliega a ellos; cuando se le hace ver la situación de esclavitud en la que vive, se revela contra quien le abre los ojos (Ex 5, 6-21). Nunca Moisés recibirá un poco de aliento de la comunidad a la que se entrega; jamás conocerá el aplauso o el reconocimiento que reconfortan. Desde el principio hasta el final le hará compañía la interminable queja de sus hermanos. Pero el desaliento no hizo presa en Moisés.

a) La primera crisis vino cuando nada más salir de Egipto se encontraron delante el mar y detrás el ejército del Faraón. El miedo hizo que los fantasmas se despertasen: este es un camino de muerte, se decían unos a otros; habría sido preferible morir en Egipto, porque no hay cosas más dura que morir en tierra extraña, ya que solo las fieras mueren en el desierto. Se cuestionaba a Moisés, y se distanciaban de él; ya que se lo habían advertido antes. La conclusión resonaba clara: es preferible una paz con esclavitud que una libertad con el sobresalto de lo desconocido que hay que afrontar.

Qué difícil fue el camino por el desierto! El primer disgusto vino con la primera aurora, y el motivo fue el más lógico: la sed (Ex 15, 22-27). Pero, en el fondo, el disgusto no lo motivó tanto aquella agua salobre y ácida que había que beber, sino algo más de fondo: la conciencia de que el desierto no podía ser camino de vida.

b) La segunda crisis sobrevino, también de modo lógico, por el alimento. Pero la postura de fondo era otra: es mejor la esclavitud con alimento que la libertad con carencias. Y la acusación como un dardo se clavaba en el corazón de Moisés: nos ha sacado para morir, Dios mismo se veía afectado: ha convocado a la comunidad para destruirla, y el camino que le ofrece es una senda de muerte (Ex 16,1-8). Pueblo de “murmuradores”, así será conocida esta comunidad (Sal 94; Jn 6). El alimento, codornices y maná, se les dio en la noche (Ex 16, 9-29), símbolo de su misma noche. Dios cuidaba a su comunidad, aunque este cuidado pareciera de poca monta a quienes murmuraban siempre. No entendían que Dios se da en la sencillez de la historia, en lo oculto del grupo.

La murmuración se alió con la tentación en la fuente de Meribá (Ex 17,1-7). Fue una pretensión de combate con el mismo Dios. Ya no

se aceptaba que hubiera alimentos de pobreza, sino que también se trataba de imponer a Dios un plan de acción. Seguramente Moisés sufrió más por Dios que por él mismo. El interior de la comunidad estaba enfermo por eso generaba litigios y ponía zancadillas. El pueblo de Moisés era un pueblo que no aprende. Sabían que “la nube del Señor iba sobre ellos” (Nm 10,34), pero ellos no valoraban esa protección. Y, especialista en murmurar, era la suya una continua queja: “Cómo nos acordamos del pescado que comíamos gratis en Egipto, y de los melones y pepinos y puerros y cebollas y ajos! En cambio ahora se nos quita el apetito de no ver más que maná” (Nm 11, 5-6). Dios los atiborraría a carne de codornices y, con el último bocado en la boca, reventarían como glotones (Nm 11,31-35). No aprendían, porque se aprende con el corazón limpio y acogedor, y el suyo era un corazón que seguía aún en Egipto, en la esclavitud.

El temple de Moisés fue puesto a prueba cuando se desató una escala de asalto a su liderazgo. Sus mismos hermanos, Aarón y María, se vieron envueltos en ese torbellino del poder con el pretexto de que Moisés tomó por segunda esposa a una mujer cusita (Nm 12,1ss). Dios mismo sacó la cara por él, y Moisés fue generoso una vez más intercediendo y curando a su hermana, aquejada por el castigo.

c) Pero el motín más grande fue el desatado por el asunto de la exploración de la tierra a la que se dirigían (Nm 3,6) El informe que se presentó a la comunidad fue distorsionado, desacreditando la tierra que se había explorado, por el miedo y por el sueño, aún no olvidado, de volver a Egipto: era el grito de los amotinados: “Nombremos un jefe y volveremos a Egipto” (Nm 14,4). Volvieron a tentar a Dios, a su capacidad de acompañamiento, con el socorrido tema del agua antes de abandonar las fronteras del desierto para internarse en la zona poblada de la tierra de Canaán: tuvieron agua, pero tanto Moisés como Aarón cayeron en la condena de no pisar la tierra prometida por la desconfianza que supone golpear “dos veces” la roca, ya que con una hubiera bastado (Nm 20, 1-13). No aprendían, porque la dura lección no era la aspereza del desierto que, mal que bien, habían logrado transitar, sino el corazón de un Dios que acompaña en fidelidad.

## 4. La respuesta de fe:

“Si realmente he obtenido tu favor, muéstrame tus designios (...); mira que esta gente es tu pueblo” (Ex 33,13).

La fe de Moisés se tradujo en un amor apasionado, entregado y sacrificado por su pueblo. Nunca el desaliento hizo presa en Moisés. Muy al contrario, oró incesantemente por el pueblo que no lo entendía, con la inquebrantable conciencia de que Dios estaba en medio de él, sufriendo con él, suscitando conciencia, sembrando el anhelo de la libertad. La fe de Moisés les hizo ver al pueblo que Dios es el gran compañero, que está siempre con su pueblo, con la comunidad de noche y de día, todo el tiempo, en todos los caminos, por muchos que fueran, a veces, caminos de extravíos y de pérdida (Ex 13, 17-22). Moisés no se quebró por dentro, su fe en Dios, lo mantuvo entero en su interior y en sus argumentos: Dios, decía no va a “mostrar su gloria” con vosotros porque sois gente especial, sino porque sois oprimidos (Ex 14, 15-18).

¿Cuál era la fuente de la que brotaban las opciones de Moisés, su amor fiel a Dios y su inquebrantable solidaridad con el pueblo? Es su hondísima experiencia de adhesión a Dios. Moisés conectaba con Dios en la tienda del encuentro, mientras el pueblo acompañaba esta visita, prosternándose cada uno a la entrada de su tienda. Dios hablaba con Moisés “cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (Ex 33, 7-11). Esta será la fuente y la fuerza para arrostrar cualquier clase de dolor y de amargura; este será el secreto del vigor que siempre acompañará la difícil vida de Moisés. En ese encuentro, la intercesión por el pueblo tocará lo más básico de la necesidad comunitaria: necesitamos, dice Moisés, que siempre vengas con nosotros. “¿En qué se conocerá que yo y tu pueblo hemos obtenido tu favor, sino en el hecho de que vas con nosotros?” (Ex 33, 12-17).

## 5. Actualidad del mensaje:

la fe en Dios llama a hacer el bien, a entregarse y sacrificarse por los demás.

Cuantas veces decimos y pensamos: “Cada palo que aguante su vela”; “Ande yo caliente, ríase la gente” “Cría cuervos y te sacaran los ojos”; “Quien se meta a redentor, sale crucificado”. Son expresiones que reflejan perfectamente nuestro espíritu egoísta e individualista, que

no estamos dispuestos a mover un dedo por el otro y mucho menos a aguantar las cosas de los demás. Pero Moisés nos da ejemplo de una fe inmovible en su Dios que actúa en la historia y que le llama a hacer el bien, a entregarse y sacrificarse por los demás.

Como alguien ha observado, con Moisés la fe da un salto cualitativo con respecto a Abrahán. Podemos decir que Abrahán es un profeta protegido, pero Moisés es un profeta entregado. En efecto, Abrahán acepta todos los ofrecimientos divinos con el corazón ecuánime: sale del país de los caldeos, hace los viajes que el Señor le manda hacer, afronta las dificultades; incluso cuando se describe los sacrificios del hijo no hay una sola palabra sobre sus sentimientos, como si lo viese todo desde una fe absoluta. Él es el profeta de la certeza. Moisés en cambio es el profeta de la duda, del rechazo, de las revueltas. Con Moisés la revelación tiene un carácter más trágico. En Moisés se ve ya reflejado el drama del servicio ofrecido con tanto entusiasmo y fe pero no aceptado. Moisés sufre porque quiere vivir su fe con la gente; si se contentase con el diálogo con Dios, podría estar tranquilo, pero su implicación con el pueblo hasta cierto punto lo tritura. Como se ve, Moisés es un anticipo de la figura de Jesús, que por su implicación con la gente hará que un cierto momento sea aplastado.

Una conclusión clara que se desprende de estas reflexiones sobre Moisés es que llegar a ser profeta, llegar a ser siervo del Evangelio no quiere decir ir alegremente delante con el ánimo lleno de entusiasmo: quiere decir sufrir toda la angustia de las situaciones en las que no se ve aparentemente una salida. Es así como el Señor nos llama a tener fe en su palabra.

Reflexionando sobre estos episodios bíblicos y tratando de sacar una enseñanza para nuestra actualidad, nos preguntamos: en definitiva, ¿quién es el faraón y quién es Moisés? El faraón representa una vida cómoda y acomodaticia: una vida que tiene en cuenta los compromisos necesarios para garantizar una cierta tranquilidad. Una vida en que se salvan cabras y caballos. Una vida en la que mantengo mi profesión de fe, mi confesión cristiana, exteriormente, pero me arreglo de modo que este género de vida no sea demasiado comprometido. Por eso me adapto a una cierta exterioridad y a ciertas seguridades, que en todo caso me salvan. En resumen, el faraón representa aquí el acomodamiento a una tranquilidad mundana, que es un equilibrio conseguido

a través de una inteligencia dosificada entre el seguimiento al Señor y una cierta seguridad a la que no renuncio. Este faraón representa realmente la tentación de cada hombre en este mundo. Y aquí cada uno podría reflexionar sobre qué significa para él este faraón del razonable compromiso, de la razonable tranquilidad.

¿Pero quién es Moisés? Moisés es la inseguridad en el seguimiento de Jesús: aquella inseguridad sobre la que el Señor parece insistir casi hiriendo y provocando a las personas que siguen adelante. “Un escriba se le acercó y le dijo: Maestro, te seguiré adonde quiera que vayas”. Jesús le respondió: “Las zorras tienen sus guaridas, los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza”. Y otro discípulo le dijo: Señor, permíteme ir a enterrar a mi padre”. Pero Jesús le dijo: “Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt 8, 19 ss). Moisés representa esa inseguridad en el seguimiento de Jesús que afecta a los que aceptan el reto de una vida evangélica, dado que ésta, como vida evangélica que es, es una bofetada para el mundo y bofetada para todas nuestras tentativas de salvarnos construyéndonos rinconcitos de tranquilidad. Por el reto de la fe somos fuertemente espoleados todas las veces que nos encontramos en ambientes en los que somos pocos –o estamos casi solos- los que creemos, y nos planteamos la pregunta: “Pero ¿cómo? Los demás tienen una vida cómoda, intentan disfrutar como pueden, ¿y yo debo sacrificarme así? ¿Pero por qué?”

El hecho es que la gente busca instintivamente estar bien, disfrutar y conseguir una comodidad procurando la mayor cantidad de bienes de todo tipo para su propio uso y consumo. El reto de la fe se hace más claro precisamente cuando uno se encuentra entre personas para las que sólo esta vida cuenta, y sólo nosotros continuamos creyendo que no existe sólo esta vida; entonces nos sentimos solos, casi abandonados, raros. Es el reto de la fe que nos espolea frente a los incrédulos cuando estos son la masa, los que crean opinión, crean el ambiente, se hacen fuertes. Este es el reto de Moisés!

## 6. Para la reflexión personal y en grupo:

- Lee los textos fundamentales de la vida de Moisés: Ex 3, 1-17 (vocación de Moisés); Ex 12, 1-14 (la Pascua); Ex 14 y 15 (paso del Mar Rojo y cántico de Moisés); Ex 33 y 34 (nuevo decálogo y relación de Moisés con Dios). Comenta lo que más te ha llamado la atención.

- Anota brevemente las distintas responsabilidades que tienes: familiares, de trabajo, sobre algunas personas o grupos... ¿Cómo las vives? ¿Te cansas y te quejas con frecuencia? ¿Cómo reaccionas cuando no ves respuesta? ¿Te desanimas fácilmente? ¿En quién te apoyas? ¿Dónde está el secreto de tu fortaleza? ¿Crees que es posible tener una fe como la de Moisés?

- Compara la intercesión de Abrahán (Gn 18, 16-33) con la de Moisés y ambas con la de Jesús (Lc 23, 34) ¿Qué aprendes para tu vida?

- Busca los rasgos de Moisés en algunos hombres y mujeres de hoy. Explica en tu grupo el porqué de tu elección y discutidlos juntos.

## 7. Bibliografía

Aizpurúa F., “Moisés”, en *La parra y la higuera. Historia y personajes de la Biblia*, PPC, Madrid 2004, 27-46.

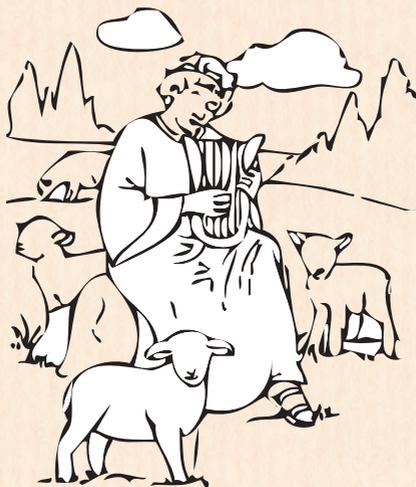
Aleixandre D., Catequistas en tiempos difíciles, qué nos enseña la Biblia, en Jornada “Amigos de Proyecto catequista”, CCS, Madrid 1996, 53-56: “Un guía para tiempos de desvalimiento”.

Aleixandre D., *La fe de los grandes creyentes*, Cuadernos Proyecto Catequista nº 5, CCS, Madrid 1997, 13-16: “Moisés, el hombre que cargó con un pueblo”.

Martini C.M., *Vivir con la Biblia. Meditar con los protagonistas de la Biblia guiados por un experto*, Planeta-Testimonio, Madrid, 128-155: “Moisés, el guía en el desierto”

Pérez Riesco J., *Encuentros con Dios. Testimonios bíblicos*, El Perpetuo Socorro, Madrid 2005, 20-29.

Puigdollers R., *Las figuras bíblicas, testimonio de Cristo*. Colección Emaús 99, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2012, 41-52.



# DAVID

## (diciembre)

*La fe que  
confiesa la bondad  
y la misericordia  
de Dios*

DAVID

La clave de la vida de David y su verdad más profunda es que Dios lo ama. Pero el pecado, o mejor dicho los pecados que David comete le llevan a ser lo contrario de todo lo que era. La confesión de su culpa y su pecado le abre a la confianza en Dios, a su bondad y su misericordia.

## 1. Presentación del personaje:

de pastor desconocido a personaje importante

Nació en torno al año 1000 antes de Cristo en Belén. Era hijo de Jesé, de la tribu de Judá, y el más joven de ocho hermanos. La Biblia dice que era “rubio, de buen aspecto y de buena presencia” (1 Sm 16,12; 17,42). A estas cualidades físicas hay que añadir que era poeta y músico. Compuso salmos. De hecho se le atribuyen todos los salmos.

La historia de David está compuesta de hechos reales y otros legendarios; es difícil deslindar cuáles son históricos y cuáles no. Al principio fue pastor por los campos de Belén. Él mismo cuenta al rey Saúl, para convencerle de que le deje batirse con el gigante Goliat, lo que hacía siendo pastor: “Cuando tu siervo pastoreaba el rebaño de su padre, si venía el león o el oso y se llevaba una oveja del hato, yo corría tras él, lo golpeaba y la rescataba de sus fauces” (1 Sm 17,34-35).

¿Cómo siendo pastor de pueblo e hijo de un pequeño terrateniente llegó a la corte del rey Saúl? Hay dos tradiciones. Según una, llegó a la corte por ser músico. Saúl sufría frecuentes crisis de melancolía, depresiones y accesos de locura; alguien de la corte conocía la destreza de David en tañer el arpa; por eso le llaman para entretener y animar al rey. Otra tradición cuenta que sus hermanos mayores estaban en el campo de batalla luchando contra los filisteos bajo la dirección del rey Saúl, David fue enviado por su padre al campamento para llevar comestibles y regalos a sus hermanos. Allí escuchó el desafío del gigante Goliat y se ofreció a combatirlo. De aquí partió la gran amistad posterior con Jonatán, hijo de Saúl, y el motivo para entrar a formar parte de la corte del rey.

Después del triunfo sobre Goliat, David deja la vida pastoril y se incorpora al ejército; sigue cosechando triunfos sonados en sus salidas contra los enemigos de Israel. Saúl lo nombra jefe de su tropa; se mul-

tiplican entonces sus triunfos, crece su popularidad ante el pueblo y al volver victorioso de las batallas, la multitud lo aclama, como lo aclamó después de la victoria sobre el gigante Goliat (1Sm 18,7).

Ante los triunfos de David, la envidia comenzó a roer el corazón de Saúl; intentó quitarlo de en medio. Como su vida corre peligro, huye y se refugia en Ramá, en la casa de Samuel. Aquí tampoco está seguro. Entonces busca refugio en Gat de los filisteos, donde, para salvar su vida, tiene que fingirse loco.

Huyendo de Saúl vive en el desierto del Negueb. Pudo acabar con Saúl en varias ocasiones, pero no lo hizo por temor de Dios (1 Sm 26,10). Cuando aún iba errante, se entera de que Saúl y Jonatán han muerto en una batalla contra los filisteos. David no se alegra, se queda profundamente conmovido y entona en su honor un poema muy bello (2 Sam 1, 17-27).

Muerto Saúl la tribu de Judá ungió a David por rey. Ya había sido ungido por Samuel, viviendo Saúl, pero se había hecho secretamente; ahora se hace públicamente y comienza a reinar en Judá; su capital será Hebrón. Siete años más tarde comenzará a reinar también sobre las tribus del norte.

Su personalidad es compleja y llena de ambigüedades, sensible, vulnerable, capaz de grandes amistades, de habilidades y astucias. Animoso y valiente, es también débil y cae en los pecados más despreciables. Su historia está llena de equivocaciones y de aciertos, de fracasos y de éxitos, de pecado y de gracia.

## 2. La llamada de Dios:

“Levántate y úngelo: él es”

La clave de la vida de David y su verdad más profunda es que Dios lo ama; no es él el que ama a Dios y lo desea, sino que es Dios quien ama a David.

El Cantar de los Cantares habla de un joven que es siempre llamado en hebreo Dod o Dodí, es decir, Amado, Mi Amado. Las letras hebreas son las mismas del nombre de David, que es entonces el amado, el amado de Dios, aquel a quien Dios ama. Y esto lo vamos a ver con toda claridad en la llamada que Dios le hace.

En la Biblia encontramos tres maneras con las que Dios ama a David y lo llama a Sí. Las tres vocaciones están narradas en el primer libro de Samuel, capítulos 16-17. Pero antes de ver estos tres textos, veamos el pasaje de 2 Samuel 7, que es un gran capítulo escrito para compendiar en una unidad la historia de David. Nos interesan los versículos 8 y 9. El rey David quiere construir un templo y el profeta Natán está de acuerdo. Pero durante la noche la palabra del Señor es dirigida a Natán, que la refiere a David, en obediencia a Dios: “Pues bien, di a mi siervo David: ‘Así dice el Señor del universo. Yo te tomé del pastizal, de andar tras el rebaño para que fueras jefe de mi pueblo Israel. He estado a tu lado por donde quieras que has ido, he suprimido a todos tus enemigos ante ti y te he hecho famoso como los grandes de la tierra’” (2 Sam. 7).

Toda la historia de David está resumida en la iniciativa de amor de Dios, que en el texto contado es recordado por el mismo Señor: de pastor desconocido a personaje importante.

Teniendo esto como telón de fondo, podemos considerar las tres vocaciones, que son como tres vías en las que se expresa el amor divino:

a) La primera vocación es la elección divina. 1 Samuel 16, 1-13.

El relato es de los más conocidos. Samuel recibe la orden de ir, de hacer un sacrificio y de buscar, entre los hijos de Jesé, al rey que el Señor ha elegido. La descripción, muy bella desde el punto de vista literario, muestra a Samuel que hace pasar uno tras otro a los hijos de Jesé ante sí. Pero el Señor va advirtiéndolo al profeta que ninguno es el designado, hasta que hace llamar al hijo más pequeño que está guardando al rebaño. Cuando llega ante Samuel, el Señor dice: “Levántate y úngelo: él es” (v.12).

No hay ningún mérito en el joven, no hay predisposición alguna. Es más, lo que podría ser aptitud humana es descartada, como leemos en el versículo 7 a propósito de Eliab: “No te fijas en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado” (16,7). Eliab, el mayor, era alto, muy fuerte y también presuntuoso.

Comprendemos porqué el Señor rechaza a Eliab, pero luego rechaza también a los otros hermano, hasta que llega al más pequeño,

“era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia” (v. 12). La descripción subraya que no es apto para ser rey. Saúl fue elegido porque “superaba de los hombros para arriba” a todos los hombres de Israel (cf. 1 Sam 9,2). El rey, entonces, era sobre todo un jefe guerrero. David, por tanto, rubio y de gentil aspecto, no puede ser hombre de armas e ir a la guerra; no puede ser puesto como cabeza del pueblo, no tiene la mirada de fuego, no es un dominador.

Es un buen amigo, sencillo, pero es amado del Señor: “Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces vino sobre David el espíritu del Señor (v. 13). Vemos, pues, que el primer componente de la vocación es la pura benevolencia de Dios. En realidad, este relato no será recordado ya en adelante: permanece como secreto de Dios, su proyecto, que pone el Espíritu sobre él.

La segunda vocación, es un cierto sentido, ignora la precedente y viene expresada por las circunstancias.

b) 1 Samuel 16, 13-23.

Samuel es un neurótico, está sujeto a crisis de melancolía. En aquel tiempo está particularmente triste porque sabe que ha sido rechazado por el Señor y sufre por el abandono de Samuel. Quiere a alguien que haga sonar la cítara para él. Hay quien conoce a David y sus cualidades de músico; corre la voz, llega a Saúl, que lo hace llamar a la corte: “Saúl despachó mensajeros a Jesé para que le dijeran: ‘Envíame a tu hijo David, que anda con el rebaño’. Jesé preparó un asno cargado de pan, un odre de vino y un cabrito y se lo envió a Saúl con su hijo David. David llegó donde estaba Saúl y se puso a su servicio” (vv. 19-21). Desde aquel momento, David empieza a hacer carrera.

Las circunstancias han sido fortuitas, imprevistas, porque la elección de Saúl hubiera podido no recaer en él: evidentemente, Dios ha obrado a través de la casualidad.

c) El tercer modo de vocación exige coraje, supone asumir un riesgo personal, que naturalmente va junto a los otros dos momentos anteriores, es decir, con la aceptación de la elección divina y al ver en las circunstancias la acción de Dios que guía. Se trata de 1 Samuel 17, 12-39. David se ofrece a luchar contra Goliat, asume un riesgo en el nombre del Señor. Él cuenta también con el hecho de que Dios lo ha

protegido siempre. Sin embargo, realiza un acto de coraje que decide su vida. El suyo es un riesgo definitivo, pues se trataba de vencer o morir; no era una prueba, un experimento. Es en ese momento cuando David acoge plenamente su vocación.

### 3. La prueba:

“He pecado contra el Señor” (2 Sm 2, 13)

El pecado, o mejor dicho los pecados que David comete le llevan a ser lo contrario de todo lo que era. Todos conocemos el pecado que cometió con Betsabé, la mujer de Urías. El ejército ha perdido para la guerra en Rabbat Amón, pero David, que como rey debería haber guiado a las tropas, prefiere quedarse cómodamente en Jerusalén. Cuando uno descuida sus compromisos, comienza a hacerse vulnerable a todo tipo de tentaciones. “Al atardecer se levantó del lecho”. Todo empieza por una mirada curiosa. David ve a Betsabé tomando el baño. Sigue una pregunta indiscreta e imprudente: “¿Quién es?”. Luego viene una entrevista extremadamente peligrosa, cuando el rey pide que le traigan a Betsabé al palacio “para conocernos mejor...”. David se va acelerando en un camino sin retorno. El capítulo 11 termina con unas palabras que vuelven del revés la situación: “Pero aquella acción que David había hecho desagradó al Señor” (v. 27).

En realidad, el rey se había olvidado completamente de Dios y de los cantos que había compuesto: “Mi Dios, tú eres mi Dios... tengo sed de ti... Tú eres mi roca, mi defensa”. En toda esta angustiada historia no se dice que haya rezado nunca. No se le vino nunca a la cabeza pedir: Señor, ayúdame Tú a salir de esto!

Consideraba que el problema era sólo suyo, y que nadie, ni siquiera Dios, podía ayudarle. David se había alejado mucho de aquel espíritu de fe, de humildad, de abandono que era el suyo. Probablemente había pensado: El Señor me ha dejado meterme en este embrollo, ya no está conmigo.

El pecado le condujo a la confusión, a la aridez, a la tristeza. En el capítulo 12, Dios retoma el hilo de la historia: “El Señor envió a Natán a ver a David” (v.1). Natán, el profeta, sintió mucho miedo cuando Dios le envió a denunciar al rey su pecado. No sabía cómo abordar al monarca. Temía perder también él su cabeza. Inventa un cuentecito sobre

un pobre que solo tenía una oveja y un rico dueño de rebaños. En el momento preciso, cuando el rey se indignó con la actitud del rico que robó la oveja del pobre, Natán extendió su dedo huesudo para decir: “Tú eres ese hombre”. No hacen faltan más comentarios.

David queda fuertemente afectado y confiesa a Natán, que le ha anunciado el castigo de Dios: “He pecado contra el Señor” (v. 13). Ahora recupera toda su estatura espiritual y encuentra la que hubiera sido la vía de salida más sencilla, más obvia: renunciar a su respetabilidad para afirmar el valor supremo de Dios. Al haber querido defender su privilegio de rey, entró en una serie de mentiras, de infidelidades, hasta llegar al homicidio. La admisión de su pecado nace de un corazón humillado y sincero, y Natán le dice que el Señor le perdona, evitándole la muerte. David, grande en su pecado, sabe también ser grande en su arrepentimiento. “Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia” (Rm 5,20).

#### **4. La respuesta de fe:**

“Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa” (salmo 51, 3)

El salmo 51, el Miserere, puesto por la Biblia en boca de un David arrepentido, ha sido en gran resultado de aquella triste historia. El salmo no es solo confesión de las propias culpas sino, a partir de la conciencia que se tiene de ellas, se convierte en confianza en Dios, expresado con todas las metáforas posibles. “Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados”. En la expresión de este delirio, el hombre se apoya en la misericordia de Dios y es, así, misteriosamente restaurado.

La confianza es el tema dominante de la invocación, anunciada en el versículo 3: “Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa.” El hebreo apela a la “hesed” (misericordia) de Dios, primera fuente de toda la historia de salvación. Es la llamada que está al principio y es fundamento: Dios ama al hombre. Impresiona que la confesión tenga comienzo con este profundo sentido de la confianza, con una alabanza a Dios, con la proclamación a su bondad; luego vendrá expresada la vergüenza que se siente. Es pues un género de confesión que abre el corazón, que dice esperanza.

No se inicia siquiera con una justificación. Cuando pedimos perdón a otro, normalmente comenzamos así: No quería hacerte daño, no era mi intención, lo siento, pero no pensaba herirte...

David comienza haciendo una llamada a la bondad y a la ternura de “su” Dios, sin apoyarse en excusas o en el propio arrepentimiento.

Un momento sobresaliente que subraya la fe de David es el capítulo en el que Semeí comienza a injuriarlo y a maldecirlo. Abisay no lo soporta, y dice al rey: “¿Por qué maldice este perro muerto al rey, mi señor? Deja que vaya y le corte la cabeza”. El reyo contestó: ‘¿Qué hay entre vosotros y yo, hijos de Seruyá? Si maldice y si el Señor le ha ordenado maldecir a David, ¿quién le va a preguntar: ‘Por qué actúas así?’” Luego David se dirigió a Abisay y a todos sus servidores: “Un hijo mío, salido de mis entrañas, busca mi vida. Cuánto más este benjaminita. Dejadle que me maldiga, si se lo ha ordenado el Señor. Quizá el Señor vea mi humillación y me pague con bendiciones la maldición de este día” (16, 9-12).

Son páginas que están entre las más hermosas del Antiguo Testamento, recuerdan los cantos de Isaías (caps. 52-53); podemos confrontarlas con nuestras reacciones ante las humillaciones, cuando quisiéramos responder de inmediato, reaccionar, sin saber verlas a la luz del plan de Dios. David no se deja dominar por estas situaciones, tiene fe en su Dios, que le ha amado y continúa amándole, no pierde la calma. Su comportamiento en las humillaciones consigue superar la situación.

## **5. Actualidad del mensaje:**

la misericordia de Dios es siempre más fuerte que la miseria del hombre

Para pesar nuestra propia vida y comportamiento y el de los demás, podemos usar dos tipos diferentes de balanza; con una sola valoramos, sobre todo, la coincidencia de las obras con lo mandado y establecido: las buenas costumbres, lo que solemos llamar “virtudes”. Si en el otro platillo colocamos fallos considerables o asuntos turbios y escandalosos, la balanza se inclina decididamente hacia ese lado y lo otro resulta leve y sin peso suficiente para equilibrarla.

En la Biblia encontramos con frecuencia otro tipo de valoraciones

y otra forma de “pesar” la vida de alguien: en ella lo que importan no son los fallos que se hayan tenido, por graves que hayan sido, sino sus “actos buenos” y la confianza que se pone en la capacidad que tiene Dios de hacer nuevas todas las cosas, la confianza en su misericordia; es decir, lo que parece que le interesa a Dios no es tanto que la persona haya sido intachable cuanto que haya sido generosa, magnánima, auténtica, humilde, aunque se haya equivocado mil veces.

La Biblia no nos oculta las grandes debilidades de David. Este hombre tan valiente y generoso llega hasta ordenar un crimen: toma a la mujer de un oficial y hace que éste muera en la guerra. Una vez reconocido su pecado por medio de Natán, David nos muestra su asombrosa humildad en el Salmo 51 que se le atribuye. En la historia de los hombres puede cohabitar el amor y el pecado: pero la misericordia de Dios es siempre más fuerte que la miseria del hombre (2 Sam 11 y 12). (D. Aleixandre)

El ejemplo de la fe de David nos enseña a descubrir siempre por encima de todo la elección divina: Dios me ha elegido y me ha amado. Eso es todo, es la verdad fundamental de mi vida, es la definición del hombre. Si no me hubiese amado Él primero, hoy no estaría aquí. Podría sucederme cualquier cosa, podría llegar a perder la vocación, la gracia, incluso la fe, pero sigue siendo verdad que Dios me ama. El versículo del salmo 63: “Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco” se hace más claro. Es Dios quien no quiere perder nunca la iniciativa de salvación, de misericordia y de ternura hacia mí y que continuamente suscita en mí el deseo de buscarle.

El amor divino está presente en cada detalle de nuestra existencia y su plan se devela poco a poco. Los acontecimientos parecen fortuitos, desligados unos de otros, como para David, pero es Dios quien obra hasta la hora de nuestra muerte para realizar su secreto proyecto de misericordia.

Debe corresponder a eso una inmensa fe en la vida, a pesar de todo; debe seguirse la necesidad de discernir, de estar atentos a las circunstancias a través de las cuales somos guiados. Cuando nos olvidamos del amor de Dios que nos guía vemos los acontecimientos como expresiones de un poder maligno que nos aplasta, y entonces nos defendemos, nos asustamos, perdemos la capacidad de riesgo.

## 6. Para comentar en grupo

- Textos fundamentales: 1 Sam 16 y 17; 2 Sam 7, 11 y 12; Salmo 51

Dios elije a quien quiere: Qué distintos son sus criterios a los nuestros! Él suele elegir para las grandes obras a los pequeños, a los débiles, a los que no cuentan según los criterios humanos; y con ellos realiza grandes obras. A David, un joven pastor, lo eligió para ser rey de Israel. Qué agradecido debió quedar David al ser elegido para rey! A ti te ha elegido para ser hijo de Dios y colaborador con Cristo en la obra de la redención. ¿Se lo agradeces de corazón?

- ¿Tienes valentía para emprender aventuras difíciles? Un pastor joven, David, con la honda en la mano, está frente a un gigante armado de pies a cabeza, Goliat. David no tiembla; confiando en Dios se arriesga y vence. Tampoco tú debes tener miedo ante situaciones difíciles. ¿lo tienes? Te echas atrás? ¿Te excusas? David te da ejemplo de fe que confía en Dios, se arriesga y vence. ¿Estás decidido? ¿Qué podrías hacer con la ayuda de Dios y de los demás?

- Grandeza y debilidad de David. Su vida está llena de contrastes: vence poderosos enemigos y le vencen las pasiones; asesina a Urías inocente y perdona a Saúl que le persigue para matarlo; quiere construir un templo a Yavé y profana el templo de su cuerpo con adulterio y homicidio. ¿Habrá alguien que no se sienta reflejado en la vida de David? En cada uno hay deseos sinceros de alcanzar las cumbres de la perfección siendo feliz y haciendo felices a los demás, pero la vida le lleva después por otros caminos. ¿No te pasa a ti algo de esto?

- ¿Qué rasgos de la fe de David ves como anticipo de la vida de Jesús?

## 7. Bibliografía

Juan Manuel Martín Moreno, “David”, en *La parra y la higuera. Historia y personajes de la Biblia*, PPC, Madrid 2004, 103-120.

Aleixandre D., *La fe de los grandes creyentes*, Cuadernos Proyecto Catequista nº 5, CCS, Madrid 1997, 16-19: “David, un corazón parecido al de Dios”.

Martini C.M., *Vivir con la Biblia. Meditar con los protagonistas de la Biblia guiados por un experto*, Planeta-Testimonio, Madrid, 204-230: “David, pecador y creyente”.

Pérez Riesco J., *Encuentros con Dios. Testimonios bíblicos*, El Perpetuo Socorro, Madrid 2005, 36-44.

Puigdollers R., *Las figuras bíblicas, testimonio de Cristo*. Colección Emaús 99, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2012, 54-60: “El rey, ungido del Señor”.





# ELÍAS

(enero)

*La fe que defiende  
lo absoluto  
de Dios  
(sólo Dios es  
lo que cuenta) y  
las necesidades  
del prójimo*

ELÍAS

En la prueba es donde Elías puede demostrar su fe que consiste en solo Dios es lo que cuenta, cuando uno acoge su ley, su amor, su dominio, no quiere nada fuera de él porque lleva a Dios en lo más profundo de su vida, porque ha hecho del Señor su propia definición. Su historia personal está cimentada en esta experiencia: “Vive Yahvé, Dios de Israel, a quien sirvo”. La experiencia de Elías le vincula radicalmente al sentir de Dios, capaz de sufrir con otro, de reír y llorar con el ser humano. Unirse al pathos de Dios es no justificar alegremente todo, no “pasar” de los problemas, no lavarse las manos o inhibirse, es –como Elías- arder en celo por el Dios verdadero y gritar la verdad que se descubre en Dios

## 1. Presentación:

“Mi Dios es Yahvé”

De todos los profetas preclásicos, Elías es el que con más fuerza ha pasado a la historia. Su nombre, Eli-yahu, significa “Mi Dios es Yavé”. Vivió en el siglo IX antes de Cristo, en el reinado del rey Ajab, que reinó veintidós años en Samaría, la capital del reino de Norte que había fundado el rey Omrí, padre de Ajab.

El rey Ajab se casó con Jezabel, hija del rey fenicio Itobaal. Ésta tuvo proyectos malintencionados contra Yahvé. Mantenía a centenares de falsos profetas, encargados de propagar el culto a Baal. El primero en aceptar su religión fue Ajab. Dice el libro primero de los Reyes que Ajab “fue a servir a Baal, postrándose ante él. Levantó un altar a Baal en el santuario que edificó en Samaría” (1 Re 16, 31-32).

Respecto a su personalidad, percibimos a un hombre ambiguo, que tan pronto da muestras de una enorme seguridad (1Re 17,1), como se hunde en el más profundo pesimismo (19,4); un hombre que se coloca al lado del débil (17,2-24; 21,17ss) y que resiste con fuerza al soberbio y poderoso. Pero, sobre todo, un hombre que se siente totalmente traspasado por Yahvé, su Dios (19,10), consciente del momento decisivo en el que vive, momento en el que, como sobre un campo de batalla, Yahvé y Baal se disputan la estima del pueblo de Israel. La tarea de Elías será traerlo de nuevo a las sendas de su Dios, en medio de una terrible persecución a los profetas fieles al Señor.

## 2. La llamada:

“Sal de aquí, dirígete hacia Oriente y escóndete en el torrente Querit”

Elías se inserta en el profetismo más primitivo, que se caracteriza porque no es tan importante lo que el profeta dice como lo que hace. En los relatos del ciclo de Eliseo se hace patente el esquema de vida comunitaria de los hermanos profetas. Se nos habla de las comidas comunes que llevaban a cabo, proverbialmente austeras (2 Re 4,34-38). Su vida en común se fundamentaba en la búsqueda del éxtasis profético, bajo la guía de un superior (1 Sam 19,20), y eran, en medio de una sociedad asentada en una riqueza en ocasiones insultante, hombres de vida humilde que, con su pobre vestimenta (2 Re 1,8), constituían por sí solos una contestación viviente a la “instalada” sociedad israelita.

Su vocación está en el mismo nombre del profeta: “Mi Dios es Yahvé”. Este nombre es la cifra de todo el quehacer eliano; el profeta es la respuesta que Dios da a su pueblo en un momento de crisis, cuando lo políticamente correcto es seguir a los baales, Elías es suscitado en medio de los suyos para que sus palabras y obras señalen los caminos torcidos por los que los reyes quieren llevar a Israel, mostrando al mismo tiempo la senda de la alianza, el camino de los orígenes. La misión de Elías, cifrada en su nombre, estará constituida por un esfuerzo constante de comunión con Yahvé, en un progresivo desvelamiento de su rostro hasta llegar al encuentro definitivo. En este proceso, de riesgo y aventura, que rechaza la sujeción de las seguridades y las domesticaciones de un Dios que está mucho más allá de nuestras pobres ideas y deseos, es la oración el pilar fundamental que pone en marcha todo el dinamismo eliano. En efecto, frente a situaciones difíciles, duras, confusas, se retira para tomar fuerzas, para restaurarse, para renovarse, para poderse poner en disposición de afrontar de nuevo el peligro. Se aleja del rey y va a esconderse al torrente Kerit para alcanzar más plenamente el conocimiento de Dios, para contemplarlos con más pureza de corazón. En los versículos 3 y 4 del capítulo 17 de 1 libro de los Reyes está concentrada su vocación: “Sal de aquí, dirígete hacia Oriente y escóndete en el torrente de Querit, frente al Jordán. Habrás de beber sus aguas y he ordenado a los cuervos que allí te suministren alimento”. Con ese “sal de aquí” comienza la historia del profeta de Tisbe: deja el lugar en que te encuentras, ese lugar de seguridad, y márchate a otro sitio.

### 3. La prueba:

“Basta ya, Yahvé! Toma mi vida porque no soy mejor que mis padres!”

En la prueba es donde Elías puede demostrar su fe que consiste en solo Dios es lo que cuenta, cuando uno acoge su ley, su amor, su dominio, no quiere nada fuera de él porque lleva a Dios en lo más profundo de su vida, porque ha hecho del Señor su propia definición.

Veamos las pruebas que tiene que atravesar Elías como consecuencia de su búsqueda de Dios solo, el estar en su presencia, el regularse solamente según la palabra del Señor.

Elías no tiene miedo de ninguna autoridad humana y por eso es libre de amonestar al rey; en la historia bíblica es el profeta por excelencia que amenaza al rey.

a) Leamos el contexto que provoca su primera intervención frente a Ajab: “Ajab, hijo Omri, hizo el mal a los ojos del Señor, más aún que todos los que le precedieron. No le bastó seguir los pecados de Jero-boán, hijo de Nebet, sino que además, tomó por mujer a Jezabel, hija de Itobaal, rey de los Sidonios, y se puso a servir a Baal, postrándose ante él. Le elevó un altar en el santuario de Baal que edificó en Samaría y construyó Ajab la estela. Prosiguiendo de este modo irritó al Señor, Dios de Israel, más aún que todos los reyes de Israel que le precedieron” (1 Re 16, 30-33).

Sobre esta idolatría del rey cae la palabra terrible del profeta: “Elías tesbita, de Tisbé de Galaad, dijo a Ajab: Vive el Señor, Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá en estos años rocío ni lluvia si no es por la palabra de mi boca” (1 Re 17,1). Elías quiere salir al paso, en nombre de Yahvé, de la polémica en torno a quién es el responsable último de la fertilidad de la tierra. El pueblo nómada de Israel, al establecerse en la tierra, consideraba que el Yahvé Dios de los rebaños era poco entendido en asuntos de cosechas. Parecía más adecuado, una vez ya sedentario, que el pueblo se dirigiera a Baal, el dios cananeo de la tierra y de la fertilidad. Elías, con su acción, quiere mostrar la inutilidad de ese culto. Solo Yahvé es Dios de Israel, solo él puede dar o quitar la lluvia. En los vv. 41-46 se narra el final de la sequía después del litigio del Carmelo, en el que el pueblo se convierte y hace profesión de fe en Yahvé (v. 39). Elías, encorvado, se encarama a la cumbre del Carmelo,

probablemente en la forma de oración que expresa una profunda concentración. Una pequeña nubecilla es el preludio de un diluvio bajo el cual el profeta, al estilo de los corredores árabes, se dirige por delante del rey a Yizrael para anunciar su victoria, que es la de Yahvé sobre Baal y sus profetas.

Durante la larga sequía Elías tiene que huir al desierto y vivir escondido junto al torrente de Querit. “Escóndete en el torrente Querit”, escucha. Es como si dijera esa voz: “déjate envolver por la soledad árida de esa oración que es rica y fructuosa a la mirada de Dios. Esta oración es silenciosa, contemplativa, perseverante, con ausencia de palabras y de conceptos, es pobre, depende de la gracia de Dios, depende de los cuervos que te traen la comida, dependen del torrente” (C.M. Martini).

b) Una segunda amenaza tiene lugar mucho tiempo después, cuando de nuevo el rey se encuentra con él: Cuando Ajab vio a Elías le dijo: “¿Eres tú, ruina de Israel?” Él respondió: ‘No soy yo quien ha arruinado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, por abandonar los mandatos del Señor y seguir a los baales. Pero ahora manda que todo Israel se reúna en torno a mí en monte Carmelo, especialmente a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal que comen a la mesa de Jezabel” (1 Re 18, 17-19). Hay que solucionar este gran problema: ¿Quién es el verdadero Dios: Baal o Yahvé? Elías propone una solución que agradó al pueblo: hacer dos sacrificios, uno a Yahvé y otro a Baal. Los 450 profetas de Baal invocarán a su dios; Elías invocará a Yahvé; el que haga descender fuego del cielo que consuma el sacrificio, ése es el verdadero Dios a quien hay que servir. Proponer esta solución presupone tener gran fe y valentía. Pero Elías no duda y pide al rey Ajab que convoque al pueblo de Israel en el monte Carmelo y también a los 450 falsos profetas de Baal, que protege Jezabel. Sólo la oración de Elías consigue que el fuego del cielo consuma el sacrificio que el profeta ha ofrecido a Yahvé. Los profetas de Baal fueron sacrificados.

Ante lo acontecido, Jezabel se puso muy furiosa y buscaba a Elías para matarlo; le envió este mensaje amenazante: “Que los dioses me hagan esto y me añadan esto otro si mañana a estas horas no he puesto tu alma igual que la de uno de ellos” (1 Re 19,2). Elías se sintió muy cerca de la desesperación. Llegó a sentirse tan cansado, rendido y agotado que pidió la muerte: “Basta ya, Yahvé! Toma mi vida porque

no soy mejor que mis padres!” (1 Re 19,4). Pero Dios le animó indicándole que todavía le quedaba mucho por hacer. Un ángel le toca y le dice: “Levántate y come”. Miró alrededor y a su cabecera había una torta cocida sobre piedras calientes y una jarra de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse. El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: ‘Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo’ (1 Re 19,5ss). Elías, confortado con la comida celestial, llega a la montaña de Dios, Horeb, el Sinaí, monte sagrado.

Una vez que llega al Horeb, estando Elías en la caverna, escucha una voz de Dios que le pregunta: “¿Qué haces aquí, Elías?” y Elías responde manifestando su desolación: “Ardo por el celo de Yahvé, Dios Sabaot, porque los hijos de Israel te han abandonado, han derribado tus altares y han pasado a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela.” (1 Re 19, 10). La noche de profeta, la prueba, se ha manifestado, no es tanto una prueba que mire a su persona, sino que sobre todo se refiere al pueblo, por tanto a Dios. Y es allí mismo, en la cueva del Horeb, donde el profeta de fuego, el ardoroso hombre lleno de ímpetu, sufre una conversión: tiene que descubrir al Señor en una brisa tenue, en un susurro y hondo silencio abismal. Dios llevará a cabo sus designios con respecto a Israel sin grandes demostraciones.

c) Una tercera vez vemos a Elías en el acto de recriminar al rey después de que éste ha hecho matar a Nabot para robarle la viña. En el valle de Yizrael poseía Ajab una propiedad que piensa ampliar a costa de la viña de Nabot. Pero este, haciendo uso de un derecho muy arraigado en Israel se niega a enajenar su patrimonio. Para todo israelita constituía un ideal guardar en el seno de la familia las propiedades heredadas de los antepasados como un don del Señor que no debe perderse fácilmente. Ante la negativa de Nabot, Ajab, conocedor de las leyes y tradiciones de sus antepasados, no puede hacer otra cosa que enojarse como un niño a quien le han negado su capricho, pero no toma medidas contra el propietario de la viña, pues reconoce sus derechos.

Es aquí cuando comienza la actuación de Jezabel, quien va a torcer el derecho del Señor para hacer uso de él en su propio provecho. Dirigiéndose a los notables de la ciudad de Nabot, temerosos del poder de la reina o simplemente corruptos, les obliga a teatralizar un proceso judicial; Nabot es convocado en medio de un ayuno de la asamblea y

allí mismo es acusado por dos testigos (Nm 34,30) de ser culpable de una blasfemia que ha traído la calamidad sobre su pueblo (1 Sam 7,6). El crimen, previsto en Ex 22,27, no tiene otra condena posible que la lapidación (Lv 24, 16), que ha de tener lugar en las afueras de la ciudad (v.14), para no contaminarla.

Es probable que toda la familia de Nabot fuera ejecutada con él (Nm 16; Jos 7), con lo cual ya no habría herederos, o bien que, al tratarse de un criminal público, no hubiera derecho a herencia. Por ello, la propiedad –según había planeado cuidadosamente Jezabel- pasa inmediatamente al rey, el cual, además, había sido ofendido por el acusado (1 Re 21,10), siendo él el ungido del Señor y, por tanto, sagrado (Is 8,21). La trama de la reina se desarrolla a la perfección, y Ajab puede tomar posesión de la viña a su capricho (1 Re 21,15).

De igual modo que Natán ante David (cf. 2 Sam 12), Elías se presenta ante Ajab denunciando su culpa y pronunciando un oráculo de condena sobre su casa que habrá de cumplirse a rajatabla: los perros lamerán la sangre del rey (1 Re 22,38) y devorarán a su esposa (2 Re 9, 25-26).

Por fin, como David, también el rey Ajab hace penitencia por su pecado. Con ello logra retrasar la sentencia de exterminio, pero no anularla.

#### **4. La respuesta de fe:**

**“Ardo en celo por Yahvé” (1 Re 19,9)**

Elías se pone en las manos del Señor y confía en Él aún cuando parece que ya no hay esperanza humana. Su historia personal está cimentada en esta experiencia: “Vive el Señor, Dios de Israel, ante quien sirvo” (1 Re 17,1). Como creyente, obedece puntualmente las indicaciones de Yahvé. Después de pedirle que cierre las puertas de las nubes para que no caiga ni una gota de agua sobre Israel, oye la voz de Dios que le dice: “Sal de aquí y dirígete hacia oriente y escóndete en el torrente Querit” (1 Re 17,3). Él se pone en camino inmediatamente.

Al secarse el torrente vuelve a oír la voz inconfundible de Dios que le dice: “Levántate y vete a Sarepta de Sidón y quédate allí” (1 Re 17,9). Él se puso de nuevo en camino. Llega sediento y hambriento a Sarepta

y pide a una viuda que le dé de beber y comer porque se fía de Dios que le ha dicho: “La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará hasta el día en que el Señor conceda lluvia sobre la tierra” (1 Re 17,14). La fe le dice que para Dios no hay nada imposible; confiado en ese poder, resucita el niño de la viuda de Sarepta con esta oración: “Señor, Dios mío, que el alma de este niño vuelva a su cuerpo” (1 Re 17,21). Es una fe sin divisiones. Lucha por Yahvé, intenta que el pueblo se decida por el Dios vivo, dejando los ídolos.

Elías es el paladín de Dios y de los oprimidos. “Ardo en celo por el Señor, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, derribado tus altares y pasado a espadas a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para arrebatármela” (1 Re 19,9-10). Gracias a este celo pudo enfrentarse con los enemigos de Yahvé.

Elías, profeta y orante, nos presenta en el ímpetu de su vida un Dios siempre mayor, del cual no somos dueños; ningún poder es dueño de Dios. Está completamente absorbido y transformado por el pensamiento de que Dios es Dios, y de que nada puede parangonarse a él, nada puede resistirse a Dios. Él es, por excelencia, el profeta de “Dios solo”, el defensor de la trascendencia de Dios, de la verdadera religión contra la idolatría.

## **5. Actualidad del mensaje:**

**invitación a limpiar nuestro interior para amar y adorar a Dios solo.**

Alguien podría pensar que hoy los ídolos han desaparecido, que la idolatría es una realidad del pasado; sin embargo, ésta es, siempre, la grande y amenazadora alternativa al Dios viviente. Nosotros somos creyentes, pero siempre tentados de idolatría; la figura de Elías nos ayuda a desenmascarar a los ídolos que tanto más nos tientan cuanto nuestro esfuerzo por adorar al verdadero Dios es más fino, más puro, deseoso de que sea auténtico. La idolatría no es simplemente la adoración del becerro de oro, en el que reconocemos una forma antigua y superada, sino toda forma de culto hacia realidades que no son Dios y que intentan engañosamente ocupar su puesto. Realidades quizá camufladas de algo divino, de espiritualidad, de religiosidad. La actualidad del profeta Elías está en su invitación a limpiar nuestro interior para amar y adorar a Dios solo.

Elías no tiene miedo del juico de la gente. Quizá consigamos enfrentarnos a los políticos, pero tenemos miedo de las críticas de la opinión pública, de la gente, del se dice de los periódicos, de la prensa, de la comunidad. Estamos de tal modo condicionados que no conseguimos cumplir determinados actos, intervenir con palabras y con hechos.

Elías no teme, y sobre el monte Carmelo, donde ha hecho que se reúnan todos los de Israel y todos los falsos profetas, exclama dirigiéndose al pueblo: “Quedo yo solo como profeta del Señor, mientras que son cuatrocientos cincuenta los profetas de Baal” (1 Re 18,22). No tiene miedo de estar solo. Nosotros a menudo, cuando nos quedamos solos, pensamos que nos hemos equivocado, pensamos estar combatiendo contra molinos de viento, pensamos entonces que probablemente la opinión pública tenga razón. En realidad, cuando hay un verdadero conocimiento de Dios y de su voluntad la soledad no pesa. El verdadero sentido de Dios nos permite superar valientemente las opiniones ajenas, aparentemente razonables, de los demás.

Quién está en la presencia de Dios tiene una luz interior que no teme las tinieblas. Para Elías, “estar” al lado del Señor no consiste en un momento piadoso, cultural, es toda su vida la que está modelada por el respeto amoroso a aquel Señor a quien ha decidido servir con todas sus fuerzas, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todo el espíritu. El suyo es un comportamiento global de adoración, de entrega de sí mismo, de reverencia, de dedicación.

Adoraras al Señor tu Dios y le servirás a él sólo: es el comportamiento religioso por excelencia; querer que Dios sea el primero en ser servido, ponerlo por encima de todo, disponerse a escucharlo, a servirlo con amor, con afecto profundo, en el culto y en la oración, en la liturgia y en la adoración silenciosa, en la Eucaristía y en la vida cotidiana, en los juicios y en los pensamientos, en no dejarse condicionar por los juicios ajenos, en mantener el ánimo en calma, tranquilo, sereno, aun en medio de las pruebas espirituales.

La experiencia de Elías le vincula radicalmente al sentir de Dios, capaz de sufrir con otro, de reír y llorar con el ser humano. Unirse al pathos de Dios es no justificar alegremente todo, no “pasar” de los problemas, no lavarse las manos o inhibirse, es –como Elías- arder en celo por el Dios verdadero y gritar la verdad que se descubre en Dios. Elías gritó la injusticia: injusticia en un culto que trataba de “poner una vela a Dios y otra al diablo”, injusticia que torcía el derecho para aplastar al humilde –Nabot- a favor del poderoso. Nuestra experiencia de Dios no

puede ser, por tanto, neutra. Arder en celo por el Dios vivo es entregarse, ponerse en camino cuando sea preciso, ser sal, personas capaces de tomar partido. La disponibilidad de Elías ante Yahvé, su atención a la palabra y a los mandatos de Dios, le descubrirá al Dios vivo y no una falsa imagen.

## 6. Para profundizar en grupo

- Textos fundamentales: 1 Reyes 17, 18, 19 y 21; 2 Reyes 1 y 2

- En tiempos difíciles es cuando se prueba el temple de un hombre. Y tiempos difíciles fueron los que le tocaron a Elías, el tesbita. ¿Vives como Elías en tiempos difíciles? ¿Qué problemas se oponen al cumplimiento de la vocación que el Señor te ha confiado? ¿Cómo reaccionas ante esos problemas y ante las injusticias de los poderosos? ¿Cómo te comportas ante el ateísmo, el agnosticismo, la indiferencia religiosa o las nuevas idolatrías?

- En contraste con la valentía de Elías para defender su fe en el Dios trascendente, actualmente hay un gran número de cristianos cobardes; tienen miedo al qué dirán, a perder un cargo o un empleo, a que les llamen beatos, a que les tengan por anticuados, enemigos del progreso... ¿eres tú de ellos? ¿estás contento y orgulloso de tu fe? ¿la consideras como un tesoro? ¿La defiendes y propagas?

- ¿Te sientes tú también, incomprendido, poco estimado, decepcionado, cansado? ¿Eres propenso a tirar la toalla y retirarte del combate? Mira lo que hizo Elías. También el Señor te dice: “Todavía te queda mucho por hacer por el Reino de Dios. Yo estoy contigo”.

- Elías es defensor de la justicia y de los pobres. Alza la voz ante Jezabel y Ajab cuando cometen el crimen de Nabot para apoderarse de su viña. ¿te atreves tú a condenar las injusticias que existen hoy? Elías remedia el hambre de la viuda de Sarepta y devuelve la vida al niño muerto. Sale en defensa del pueblo de Israel. ¿Eres tú defensor de los necesitados?

- ¿Qué relación encuentras entre Elías y Jesús de Nazaret?

## 7. Bibliografía

Calduch-Beages N., *Los profetas, mensajeros de Dios*, Colección Emaús 98, Centre Pastoral Litúrgica, Barcelona 2012, 89-96.

Martínez González E., “Elías”, en *La parra y la higuera. Historia y personajes de la Biblia*, PPC, Madrid 2004, 145-160.

Martini C.M., *Vivir con la Biblia. Meditar con los protagonistas de la Biblia guiados por un experto*, Planeta-Testimonio, Madrid, 140-262: “El profeta del Dios viviente”.

Pérez Riesco J., *Encuentros con Dios. Testimonios bíblicos*, El Perpetuo Socorro, Madrid 2005, 44-53.

Puigdollers R., *Las figuras bíblicas, testimonio de Cristo*. Colección Emaús 99, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2012, 63-66:





# JEREMÍAS

## (febrero)

*La fe  
como felicidad  
a una Palabra  
que permanece*

JEREMÍAS

Jeremías recibe una palabra que da a la vocación del profeta una característica de interioridad. El programa de la misión que le confía Dios es terrible y constituye toda una prueba para su fe. En los peores momentos de decepción y desesperación pudo optar por la dimisión o por la fidelidad, y escogió lo segundo. La Palabra fue más fuerte que su propia frustración y consintió que Dios se apoderara absolutamente de su vida a cualquier precio.

## 1. El personaje:

experiencia singular de relación con Dios

Jeremías es un profeta de Israel que vivió en el siglo VI a. C., una época de fuerte crisis para su pueblo. Situado entre tres grandes potencias (Egipto, Asiria y Babilonia), Israel será un juguete de sus intereses y la amenaza de invasión, por parte de la última, se ceñirá en estos años sobre él, como un ave de presa revoloteando sobre su víctima antes de lanzarse sobre ella. Pero esa situación externa no era más que un reflejo de la situación interna de injusticia, infidelidad a la Alianza y corrupción de costumbres que minaban al pueblo desde dentro.

En medio de esta situación difícil en la que Israel agonizaba como nación, va a tener lugar una de las experiencias de relación más fuerte, ricas y extrañas: la de Jeremías con Dios.

Probablemente Jeremías era hijo de una familia sacerdotal venida a menos porque sus antepasados se opusieron al rey de Jerusalén y, en consecuencia, había sido exiliado, habitaba en Anatot, fuera de la ciudad santa. Podemos sospechar que haya sido educado en un buen conocimiento de la religión de sus padres, pero no sabemos más de su infancia y adolescencia.

## 2. La vocación:

El Señor me dirigió la palabra: -Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré” (1, 4-5).

Siendo aún muy joven escucha una llamada de la Palabra de Dios: “Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré” (1, 4-5).

Subrayo sobre todo que se trata de una palabra. En Isaías, en cambio, la vocación corresponde a una gran visión: ve al Señor sentado en un trono y a los serafines que proclaman “Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos” (cfr. Is 6,1ss). Una visión gloriosa.

Jeremías recibe una palabra que da a la vocación del profeta una característica de interioridad. No un hecho exterior grandioso, no una visión de luz, sino una Palabra interior.

¿Y cómo responde a la vocación?

Con el sentido de su falta de incapacidad “Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño!” (1, 6). Incapacidad real, no simple excusa, desde el momento que tenía dieciocho años y en torno a él había adultos muy competentes. Las resistencias del profeta ante su misión –“soy un niño”- indican, más que una edad cronológica, una convicción de incapacidad para ser portador de la Palabra. Pero queda claro que no son las cualidades humanas las que importan, y que Dios puede escoger libremente su instrumento.

Pero el Señor insiste: La iniciativa es mía, soy yo quien manda. Dios muestra que es Él quien llama y quien manda. La autoridad viene del Señor, no de la capacidad ni de la valía humana.

En el versículo 9 se describe la consagración. Extender e imponer las manos es el gesto de la transmisión de poder. Pero a Jeremías no le es tocada la cabeza (como hoy sucede con el sacerdote por parte del obispo) sino la boca: “pongo mis palabras en tu boca”. Jeremías no será jefe de un pueblo, no deberá presidir una comunidad, no será sacerdote aun siendo de la familia sacerdotal; será simplemente profeta. El don que le es dado es el de la Palabra, y en esta misión reconocerá sus propios límites y la fuerza de Dios.

### 3. La prueba:

“ Ay de mí, madre mía, que me engendraste hombre de pleitos y contiendas con todo el mundo”! (15,10)

El programa de la misión que le confía Dios es terrible y constituye toda una prueba para su fe: “Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para perder y derrocar, para reconstruir y plantar” (1,10). Seis verbos, cuatro negativos y dos positivos, para indicar que la misión será más bien una misión conflictiva, de amenaza, aunque también esté presente la misión constructiva; será una tarea penosa, fatigosa. La tarea del profeta era dura: arrancar todo lo que en Israel eran falsas raíces de seguridad y confianzas vacías, derribar los muros de la injusticia y deshacer el hielo de las infidelidades. Y, para esa labor tan ingrata, una sola garantía: “Yo estaré contigo”.

Jeremías se lanza con ánimo a su misión y su voz se clava como una azada en los duros terrones del corazón de Israel: rompe, hiere, perfora, remueve... Nada de lo que dice es del agrado de la gente. En su pueblo natal, Anatot, en cuyo santuario había ejercido como sacerdote, predica la necesaria centralización del culto en el templo de Jerusalén y eso significa el fin del santuario y entrar en conflicto con sus familiares y paisanos. En Jerusalén denuncia la hipocresía que trataba de ocultar la injusticia bajo un ritualismo religioso: sobraban ofrendas y faltaban rectitud y misericordia. La reacción del rey y de los sacerdotes fue fulminante y Jeremías acaba en la prisión. Tampoco el pueblo se pone de su parte, porque no soporta escuchar el anuncio de una invasión inminente. Tenía que arrancar y extirpar falsas seguridades e ilusiones políticamente equivocadas. Fue una postura impopular que suscitó mucha polémica y provocó una fuerte hostilidad contra él, especialmente en los más exaltados partidarios de la revuelta contra los caldeos (cf. 37, 13-15).

Jeremías experimenta amargamente la descalificación, calumnias, condenas, detenciones, castigos, azotes, torturas: todo ello se abatió sobre el profeta. “Pasjur hizo azotar al profeta Jeremías y lo metió en el cepo” (20,2); “El rey Sedecías dio orden de custodiar a Jeremías en el patio de la guardia” (37,21); “Los dignatarios dijeron al rey: “Hay que condenar a muerte a ese hombre, pues, con semejantes discursos, está desmoralizando a los soldados que quedan en la ciudad y al resto de la gente. Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia.

Respondió el rey Sedecías: -Ahí lo tenéis, en vuestras manos. Nada puedo hacer yo contra vosotros. Ellos se apoderaron de Jeremías y lo metieron en el aljibe de Malaquías, príncipe real, en el patio de la guardia, descolgándolo con sogas. Jeremías se hundió en el lodo del fondo, pues el aljibe no tenía agua”(38, 4-6).

Y es, en el fondo de ese agujero de calamidad y desdicha, donde hace la experiencia estremecedora de Dios. Un Dios que quema como un incendio y le abrasa las entrañas, un Dios que no admite resistencias cuando envía, un Dios que arrastra a recorrer caminos peligrosos y oscuros y que exige a la vez una total seguridad en que Él es un misterioso compañero en ese camino.

Jeremías luchó con ese Dios: protestó, se quejó, derramó en su presencia sus sentimientos de rebeldía, de duda y de amargura: sus “confesiones” nos develan lo más hondo de su drama interior.

#### **4. La respuesta de fe:**

“¿No es mi palabra fuego –oráculo del Señor- o martillo que tritura la piedra?”

A pesar de sus protestas, la desesperanza no fue la última palabra de Jeremías: el Dios silencioso de Jeremías es portador fiel de una palabra que permanece. “Haré que sean mis palabras igual que fuego en tu boca; él pueblo será la leña, todo será consumido” (5,14). En la vida de Jeremías prendió el fuego de esa Palabra y su existencia no tuvo más sentido que el de intentar abrasar a otros. Fue llamado a ser portador de una palabra que resonaba en el secreto de su corazón, y de ahí surgieron sus iniciativas, sus gritos, sus conflictos y lamentos, sus amenazas, sus súplicas y sus promesas de gozo y reconstrucción.

En los peores momentos de decepción y desesperación pudo optar por la dimisión o por la fidelidad, y escogió lo segundo. La Palabra fue más fuerte que su propia frustración y consintió que Dios se apoderara absolutamente de su vida a cualquier precio. Lo misterioso del itinerario del profeta Jeremías reside en la fuerza inquebrantable de una personalidad cuyo oficio se había vuelto problemática y que vivió envuelto en una confusión que le destrozaba, pero lo aceptó todo en una obediencia que parecía sobrehumana, y que recorrió su camino hasta el fin en el abandono de Dios.

Jeremías cae en el desconsuelo y el desánimo. La profecía no se cumple, las esperanzas a corto y a largo plazo se desvanecen en el 609 con la muerte de Josías, asesinado por el faraón de Egipto, e inmediatamente después la decadencia religiosa, con la vuelta de la idolatría bajo el reinado de Joaquín, con la amenaza inminente de Babilonia que avanza.

Y es entonces cuando la esperanza de Jeremías se purifica y se hace profunda. No ve otra cosa que el cumplimiento de sus profecías de desventura, pero tiene el coraje de creer que al cumplirse le garantiza que la fidelidad de Dios valdrá también para las palabras de la consolación, para las profecías de la esperanza. Dios las mantendrá de un modo humanamente inexplicable, pero las mantendrá.

Una de las últimas escenas de su vida da testimonio de esta actitud de radical rendición a Dios y a la misión recibida de él: el rollo quemado (cap. 36)

Cuando en el 605 envió a Baruc, su secretario, a leer públicamente las palabras escritas en un rollo, escrito bajo su dictado y en el que aparecía tremendas amenazas, el revuelo en la corte fue tal que ambos tuvieron que esconderse. El rollo fue a parar a manos del rey Joaquín, que, en presencia de toda la corte fue cortando cada columna del rollo y arrojándola a un brasero encendido, hasta que todo quedó reducido a cenizas. El significado del gesto era muy claro: desprecio absoluto por las palabras del profeta, intento aparentemente conseguido de aniquilar una palabra que provenía de Dios, pero que resultaba incómoda para sus planes. Ante esta actitud, el lector se queda consternado: ¿va a ser este el destino de la Palabra?, ¿va a triunfar sobre ella el mal y la destrucción?

El final de este capítulo 36 es realmente sobrecogedor:

Vino a Jeremías esta palabra del Señor: "Toma otro rollo y escribe en él todo lo que contenía el primer rollo quemado por Joaquín, rey de Judá" (...) Jeremías tomó otro rollo y se lo dio al escriba Baruc, hijo de Nerías, que escribió lo que Jeremías iba dictando (36, 29-32).

El narrador está diciendo a través de este sencillo dato lo mismo que dirá el Segundo Isaías: la palabra de Dios permanece para siempre (Is 40,8). Más allá de cualquier intento de olvidarla, prescindir de ella o quemarla, ella se mantiene en pie y nada ni nadie podrán acallarla.

## 5. Actualidad del mensaje:

a pesar de toda nuestra debilidad, lo que cuenta es la fidelidad inamovible a la Palabra de Dios

Jeremías es el profeta de la consolación. Él ha llegado a ser el hombre de la Palabra, ha pasado por la purificación y la tentación, porque debía llegar ser profeta capaz de consolar, de dar alegría, confortar.

Nosotros somos puestos a prueba como Jeremías, y debemos aceptarla con la convicción de que el Señor la ha dispuesto para nuestro bien, y así debemos aceptar nuestra pobreza, nuestro no querer enfrentarnos al sufrimiento, no desear la cruz cuando pensamos que no responde a los designios amorosos de Dios. Somos invitados a tener un gran sentido de nuestra fragilidad y a confiar en el Señor con humildad.

Sin embargo, a pesar de toda la debilidad de Jeremías, resalta su fidelidad inamovible a la palabra de Dios. Tiene miedo de la prisión, de la muerte, pero sabe a anunciar y dar a conocer la palabra del Señor.

La Palabra es mucho más fuerte que él, y él le es fiel a pesar de todo. He aquí la gracia que debemos pedir. No la de tener siempre una valentía heroica sino la gracia de decir, de hacer, de expresar cada vez lo que corresponde a nuestra misión, ser fieles a nuestro mandato, cumplir la tarea cotidiana con fidelidad. El mensaje de Jeremías no es estrepitoso, glorioso; es humilde, es un mensaje de la cotidianidad. Y nos advierte: No busquéis el ser héroes, estad contentos con vivir la fidelidad a la Palabra con paciencia, día a día, no dejándoos asustar por vuestros propios miedos y cobardías, porque yo también los he experimentado.

Dios quiere hacer de nosotros instrumentos elegidos de consolación de su pueblo, de una ciudad desolada, nos quiere ministros de una nueva alianza mucho más de cuanto lo deseamos nosotros; y para realizar su Voluntad no nos escatima oscuridad y sufrimientos, para que la Palabra pueda ser pura, incisiva, convincente.

## 6. Para la reflexión en grupo

- Textos fundamentales: Jr 1-2; 15, 37, 38, 36

- La misión del profeta está descrita en estos verbos: arrancar, deshacer, destruir, derribar, edificar y plantar. Escribirlas en un mural o pizarra y poned al lado las situaciones de vuestra vida y del mundo que necesitan esa acción.

- En un rato de oración, leed los textos iniciales de Jeremías. Quizás también tenéis quejas o preguntas que no os atrevéis a formular ante Dios. Haced el esfuerzo de dejarlas aflorar, reconoced y expresad esos sentimientos.

- Tratad, después, de llegar a una actitud más profunda de adoración silenciosa ante ese Dios cuyo misterio nos desborda...

- ¿Cómo nace en nosotros las palabras de verdadero consuelo, las que dan coraje a la gente, que estimulan a vivir la interioridad del mensaje evangélico. Cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿Cuál ha sido el sentido de las pruebas que yo he sufrido? ¿Por qué el Señor las ha permitido y las permite?

- Qué relación encuentras entre el profeta Jeremías y Jesús de Nazaret

## 7. Bibliografía

Alexandre D., “Jeremías”, en *La parra y la higuera. Historia y personajes de la Biblia*, PPC, Madrid 2004, 229-250.

Aleixandre D., Catequistas en tiempos difíciles, qué nos enseña la Biblia, en Jornada “Amigos de Proyecto catequista”, CCS, Madrid 1996, 56-57.

Aleixandre D., *La fe de los grandes creyentes*, Cuadernos Proyecto Catequista nº 5, CCS, Madrid 1997, 28-31: “Jeremías: un profeta conflictivo”

Martini C.M., *Una voz profética en la ciudad. Meditaciones sobre el profeta Jeremías*, PPC, Madrid 1995.

Martini C.M., *Vivir con la Biblia. Meditar con los protagonistas de la Biblia guiados por un experto*, Planeta-Testimonio, Madrid 2002, 273-295: “La voz de Dios en la ciudad”.

Puigdollers R., *Las figuras bíblicas, testimonio de Cristo*. Colección Emaús 99, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2012, 75-77.





# JUDIT

(marzo)

*La fe en un Dios  
que se vale  
del débil para  
derrotar  
al poderoso*

JUDIT

Este libro bíblico se presenta como una novela sin pretensión histórica. El autor se mueve con libertad escribiendo y exagerando los “sucesos” porque lo que le interesa es algo más importante: resaltar la victoria del pueblo elegido sobre sus enemigos, no por medio de su propia fuerza, sino gracias a la intervención de una mujer que confía en la fuerza de su Dios. Una vez más Dios quiere comunicarse a través de la opacidad de nuestra historia y no necesita de nuestra fuerza ni de nuestros méritos porque es en la sencillez y en la debilidad de lo pequeño donde se revela su gloria.

## 1. El personaje:

“Como temía mucho a Dios, nadie hablaba mal de ella” (Jud 8,8).

Judit es viuda de un tal Manasés. Su nombre significa simplemente “la judía”, y resulta mordaz al observar que ya es llevado por una extranjera, la primera esposa de Esaú, hija de Beerí, el hitita (Gn 26,34).

El retrato de Judit es de hecho bastante singular, pues, en los caps. 8 a16 abundarán las descripciones y calificativos, ofreciendo a esta mujer una imagen bien diferente de la de la viuda de las leyes bíblicas (por ejemplo, Dt 24, 17-22). En efecto, ella no tiene nada de persona aislada en situación precaria necesitada de protección y socorro. Podemos decir que es una viuda llena de cualidades: vive en ayuno y oración (8,5-6.31; 12-15); muy hermosa (8,7-10; 10, 7.19.21.23; muy rica (8,7); muy inteligente (8,29); sabia y hábil (10,19; 11,21.23); dueña de sus asuntos (8,10); muy deseable (12,16; 16,22); casta e irreproachable (8,9); influyente (8,10.14; 14,1-5); desinteresada (16,19.23-24).

La define muy bien el final de 8,8: “Como temía mucho a Dios, nadie hablaba mal de ella”. Judit es viuda desde hace tres años y cuatro meses. Su marido murió de una insolación en el tiempo de siega de la cebada. Piadosa, ciertamente no tiene marido ni hijos para que le aseguren la subsistencia, pero es joven, hermosa y rica.

Una última observación. En toda la Biblia griega, tres libros llevan el nombre de una mujer: Rut, la moabita que se convierte en mujer de Boaz, madre de Obed y abuela de David; Ester, tráfuga convertida en

reina en el extranjero para la salvación de su pueblo; y Judit, la joven viuda estéril que se convierte en la madre de su pueblo. Aunque “toda mujer en Israel es potencialmente la madre del Mesías, mediadora del acontecimiento redentor, únicamente el libro de Judit presenta a su heroína con semejante lujo de detalles, todos positivos” (G. Labouérie).

Afirma el Cardenal J. Ratzinger a propósito de Judit: “la mujer estéril, la mujer impotente se convierte en portadora de salvación porque ahí se encuentra el lugar de la revelación para el poder de Dios. Después de todas las caídas del pecado, la mujer sigue siendo “madre de la vida”. (J. Ratzinger, *La fille de Sion. Considérations sur la foi mariale de L’Église*. París, Parole et Silence, 2002, 36-38).

## 2. Vocación:

“Tú eres la gloria de Jerusalén, tú eres la alegría de Israel, tú eres el orgullo de nuestra raza” (Jud 15,9)

En tiempos de la denominación griega, la comunidad judía con su fe en un Dios único, sus tradiciones y sus costumbre, padeció la amenaza de ser devorada por la cultura helenista, prepotente y universal. Los judíos se sentían invadidos, colonizados y en peligro de perder su identidad que, a los ojos de sus dominadores, era insignificante. En este contexto surge el libro de Judit, “la judía”, mujer viuda, joven y hermosa, y sobre todo, fiel al Señor y acostumbrada a confiarse a Él en la oración. Se diría que Él la ha estado preparando para una misión y ella obedece y toma sobre sí la tarea de liberar a su pueblo. Tras la figura de esta mujer, aparecen los rasgos del pueblo judío, en situación de pequeñez e irrelevancia y amenazado por Holofoernes, nombre en el que parece cifrada la cultura griega.

Judit es encarnación del pueblo y encarna la piedad y fidelidad al Señor y la confianza en Dios, el valor con la sagacidad. Con la sola fuerza de su confianza en Dios y con la astucia como arma, consigue vencer al poderoso enemigo y merece la mayor alabanza que se ha pronunciado sobre una mujer israelita: “Tú eres la gloria de Jerusalén, tú eres la alegría de Israel, tú eres el orgullo de nuestra raza” (Jud 15,9). La tradición cristiana no ha dudado en leer en ella el combate de la Iglesia contra los poderes del Mal, y la victoria de la mujer humilde sobre las potencia del mundo.

### 3. La prueba:

¿quiénes sois vosotros para tentar hoy a Dios y usurpar su lugar entre los hombres?

En el escenario que nos presenta el libro de Judit nos encontramos, por una parte, con un rey divinizado, Nabucodonosor, algo que horroriza al pueblo de Israel, para quien su Dios es un Dios único y no tolera la gloria de otro. Al frente de su imponente ejercito, está su general Holofernes, en una situación de poderío que ha sometido a numerosos pueblos y reyes. Del otro lado está Betulia, una pequeña ciudad israelita, incapaz evidentemente de resistir el asedio prolongado de su enemigo. Ya solo le queda agua para pocos días y el gobernador Ozías jura entregar la ciudad a los asirios en cuanto pasen cinco días. Entonces Judit interviene:

“Llegó a oídos de Judit que la gente, desmoralizada por la falta de agua, había protestado contra los jefes de la ciudad y que Ozías había jurado entregar la ciudad a los asirios al cabo de cinco días. Entonces, por medio de la criada que llevaba la administración de todos sus bienes, mandó llamar a los ancianos Jabris y Jarmí. Cuando se presentaron, les dijo: ‘Escuchadme, jefes de Betulia, es un desatino lo que habéis dicho hoy a la gente, jurando ante Dios entregar la ciudad a nuestros enemigos si el Señor no os manda ayuda en unos días. ¿Quiénes sois vosotros para tentar así a Dios y alzaros en público por encima de él? Habéis puesto a prueba al Señor todopoderoso. Nunca llegaréis a entender nada. Si no sois capaces de sondear el fondo del corazón humano, ni de conocer el pensamiento, ¿cómo vais a comprender a Dios, el Creador de todas las cosas? ¿Cómo vais a conocer sus pensamientos y penetrar sus designios? Hermanos, ni irritéis al Señor, nuestro Dios. Si no quiere ayudarnos en el plazo de cinco días, puede cuando quiera, como si quiere destruirnos ante nuestros enemigos. No intentéis forzar las decisiones del Señor, nuestro Dios porque Dios no es como un ser humano, al que se mueve con amenazas y se le impone lo que ha de hacer. Imploramos, pues, su ayuda y esperemos de él la salvación, y escuchará nuestro clamor si lo tiene a bien” (Jud 8,9-17).

#### 4. La respuesta de fe:

“Alabad a Dios que no ha retirado su misericordia de la casa de Israel; que por mi mano ha dado muerte al enemigo esta misma noche” (Jud 13, 11-14).

Judit ha sabido encontrar en la memoria de Israel el recuerdo de que Dios es inmanipulable y de que sus tiempos no coinciden con los nuestros. Y acude también a la historia de su pueblo para aprender de sus personajes mejores cómo encajar la prueba, cómo “procesarla” teológicamente: “Por todo esto demos gracias al Señor, nuestro Dios, que nos pone a prueba como a nuestros antepasados. Recordad como trató a Abrahán, cómo probó a Isaac y lo que sucedió a Jacob en Mesopotamia de Siria, cuando apacentaba el rebaño de su tío Labán. Les puso el crisol para sondear sus corazones; lo mismo hace con nosotros, no para castigarnos, sino porque el Señor aflige a sus fieles para amonestarlos” (Jud 8, 26-27).

Judit está releendo la Biblia con su gente y esta ayudándoles a descubrir en ella cómo interpretar el momento presente a la luz de un pasado referencial. Y toda la corriente profética que habla de la preferencia de Dios por los débiles y empobrecidos aflora también en su oración.

“Tu fuerza no está en el número ni tu poder reside en las guerras; eres el Dios de los humildes, el valedor de los pobres, el defensor de los débiles, el protector de los deprimidos, el salvador de los desesperados” (Jud 9, 11).

El final de su oración se convierte en expresión de lo que es el destino y el proyecto de su pueblo, la razón de ser de su existencia: “Que todo tu pueblo y todas las tribus reconozcan que solo tú eres Dios de toda fuerza y todo poder y que solo tú proteges a Israel” (Jud 9, 14).

Judit se dirige al campamento enemigo desarmada y sola y, valiéndose de su atractivo personal, consigue ser invitada a la mesa de Holofernes y matarle con su propia espada cuando éste se hallaba bajo los efectos de la borrachera. Cuando vuelve de Betulia después de vencer al enemigo, no deja que su éxito redunde en su propia gloria, sino en la de Dios: ese es el motivo por el que ha escogido la pequeñez y la debilidad de una mujer, que ha resultado ser más fuerte que la potencia de un ejército. “Judit gritó desde lejos a los centinelas: “Abrid,

abrid la puerta! Dios, nuestro Dios está con nosotros. Todavía despliega su fuerza en Israel y su poder contra nuestros enemigos. Lo ha demostrado hoy (...). Alabad a Dios, alabadlo porque no ha retirado su misericordia de la casa de Israel; porque esta noche ha derrotado a nuestros enemigos por mi mano” (Jud 13, 11-14).

Había sido tan evidente la desproporción entre la superpotencia del enemigo y la debilidad de aquella mujer que todos reconocieron que había sido Dios mismo quien, a través de medios inesperados y humanamente desconcertantes, les había concedido el triunfo.

## 5. Actualidad del mensaje:

saber leer los signos de la presencia de Dios en los más pequeños.

No resulta difícil caer en la cuenta de que vivimos tiempos muy semejantes a los que describe la novela de Judit: la comunidad de los creyentes se siente muchas veces perdida y amenazada por una cultura materialista, indiferente a los valores del espíritu, post-cristiana, agnóstica y hostil a lo religioso y los nuevos esquemas culturales parece poner en entredicho la fe recibida. Los que estamos llamados, de una u otra manera, a pasar a otros esa fe recibida, necesitamos no sólo estrategias pastorales y cursos de pedagogía catequética, sino, ante todo y sobre todo, permanecer vinculados a la memoria de ese Dios que es siempre mayor.

La historia de Judit nos enseña a leer los signos de su presencia en los más pequeños y a descubrir su acción en los síntomas profundos que se advierten en la humanidad más humillada: deseos de justicia, igualdad, solidaridad, paz... junto al rechazo del capitalismo, de los totalitarismos, de los dogmatismos fanáticos.

Esta enseñanza contrasta tanto con nosotros que nos dejamos llevar con facilidad del poder y de la fuerza. La fuerza, el vigor, la conciencia de poder, nos hacen sentirnos exultantes. Por el contrario, la experiencia de debilidad es para nosotros algo negativo.

La Biblia, sin embargo, intenta convencernos de lo contrario ya desde el AT y emplea para ello mil recursos. En un pueblo donde los hermanos mayores tenían todo los privilegios y derechos, se encarga

de subrayar que Dios escoge a los pequeños: Abel frente a Caín, Jacob frente a Esaú, José frente a sus hermanos, David frente a los suyos. En una cultura en que la fecundidad era el valor máximo para una mujer, son precisamente las estériles, las incapaces de concebir, Sara, Raquel, Ana, Isabel, las que cobran importancia y sus hijos serán un testimonio de que la acción de Dios se vuelca en esta debilidad y la transforma. En una sociedad en la que la mujer ocupa un lugar de inferioridad con respecto al varón y simboliza la no fuerza, el no-saber, el no poder, dos libros bíblicos nos presentan a dos de ellas, Judit y Ester como realizadoras de grandes hazañas a favor de su pueblo.

### **6. Para profundizar en grupo:**

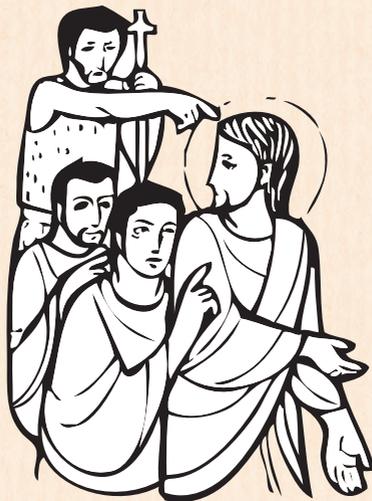
- Textos centrales: Judit 8,9, 13, 15
- Quiénes son hoy los que representan en nuestra sociedad el no poder, el no saber, el no valer
- Comenta la fe de Judit a la luz de la frase de San Pablo: “Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir al fuerte” (1 Cor 1,27).
- ¿Tiene nuestra fe cristiana algo importante que ofrecer a nuestro mundo descreído?
- ¿Con qué medios importantes cuenta hoy la Iglesia para testimoniar la fe?
- ¿Cómo relacionas la figura de Judit con Jesús de Nazaret?

## 7. Bibliografía

Aleixandre D., Catequistas en tiempos difíciles, qué nos enseña la Biblia, en Jornada “Amigos de Proyecto catequista”, CCS, Madrid 1996, 32-34.

Aleixandre D., *La fe de los grandes creyentes*, Cuadernos Proyecto Catequista nº 5, CCS, Madrid 1997: 32-34: “Judit y Ester confiaron en Dios”.

Doré D., *El libro de Judit o la guerra y la fe*, Cuaderno Bíblico 132, Verbo Divino, Navarra 2006.



# PEDRO

(abril)

*La fe que se  
deja educar  
por Jesús*

PEDRO

Resulta fácil imaginarse a Dios, seguir nuestra propia imagen de Dios: fuerte, poderoso, guerrero, de parte de los grandes y de los buenos. Algo así le ocurrió a San Pedro. Junto a Jesús, su fe fue madurando y “educándose” por un Dios distinto. Desde el “déjame caminar contigo” hasta “tú sabes que te quiero” hay todo un proceso de educación de la fe, que es lo mismo que decir encontrarse con el sufrimiento y la cruz.

## 1. Presentación:

“Estaban echando las redes en el mar, pues eran pescadores” (Jn 4, 18)

El nombre que le puso la familia fue Simón; Jesús le impuso otro nombre: Cefas, que significa piedra, roca; de ahí el nombre de Pedro.

Era natural de Betsaida, aunque vivía en Canfarnaún. Su profesión era la de pescador. Por eso su vida girará en torno al mar de Tiberíades, que también se llamaba lago de Genesaret o mar de Galilea.

En cultura no era ciertamente un aventajado, pero tampoco un analfabeto; económicamente no era rico, pero tampoco un pobretón. Ganaba el pan con el sudor de su frente.

De carácter era un hombre primario, campechano, que dice lo que siente, infantil en sus manifestaciones espontáneas, jactancioso y al mismo tiempo humilde. Líder por temperamento, con valentía y con miedos. Es decidido y valiente en ocasiones, hasta el punto de sacar la espada en defensa de Jesús; en otras ocasiones es tímido y cobarde como en Getsemaní, que huye como los demás apóstoles, dejando a Jesús en manos de los enemigos. Es también un poco fanfarrón; le dice a Jesús: “lo hemos dejado todo, ¿cuál será nuestro premio?”. No obstante es una alma bella, un corazón leal y generoso, un hombre de fe ardiente y amor profundo. Pedro fue muy importante en la iglesia naciente. (J. Pérez Riesco)

## 2. Vocación:

“En adelante te llamarás Cefas, es decir, Pedro” (Jn 1,42)

Dos relatos evangélicos revelan cómo fueron los primeros encuentros de Pedro con Jesús de Nazaret; uno es de Juan (1,40-42); el otro es de Mateo (4, 18-22).

Primer encuentro: Andrés, hermano de Pedro, y Juan, hermano de Santiago, son discípulos de Juan el Bautista y están con él. De pronto ven pasar a Jesús. El Bautista, señalándolo, dice a sus discípulos: “Éste es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Tales palabras constituyen una invitación a seguir a Jesús. Le preguntan: “¿Dónde habitas?”. Jesús contesta: “Venid y veréis”.

A la mañana siguiente Andrés le dice a su hermano Simón: “Hemos visto al Mesías”, y lo llevaron a Jesús. Éste fija su mirada profunda en Pedro y le dice: “En adelante te llamarás Cefas, es decir, Pedro” (Jn 1,42).

Segundo encuentro. Un día Simón Pedro y Andrés estaban junto a mar de Galilea remendando las redes para salir a pescar. Pasa Jesús y los llama. Mateo cuenta así la escena: “Cuando vio a Pedro y a su hermano Andrés, les dijo: “Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres” (Mt 4, 19).

## 3. La prueba:

“ Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?”

Nos interesa conocer la evolución que vivió Pedro para ver la respuesta de su fe. Siguiendo a Mateo, vemos a Pedro sobre las aguas, hasta el llanto final, es decir, desde la primera presunción de Pedro, que se transformó en miedo y pronto quedó sanada, hasta que estalla en un llanto que manifiesta el desvanecimiento de todas sus seguridades ante el Cristo sufriente.

a) “Caminar sobre las aguas”. Empecemos por Mateo 14, 26. Al ver a Jesús que, como un fantasma, se dirige hacia la barca caminando sobre las aguas y dice: “ Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!”, Pedro responde: “Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas”. Caminar sobre las aguas es una acción propia de Yhavé, es una caracterís-

tica propia del Dios del Antiguo Testamento. Pedro en su atrevimiento pide hacer lo que hace Jesús, es decir, participar de la fuerza de Dios. Esto corresponde al sueño de Pedro: al seguir a Jesús, nos confiere su fuerza. Participemos de la fuerza de Dios. Jesús lo consiente: “Él le dijo: ‘ven’. Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: ‘Señor’, sálvame”. Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: “ Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?”

Pedro quiere participar del poder de Jesús, pero no se conoce y no sabe que participar de este poder significa también compartir las pruebas de Jesús, dejarse sacudir por el viento y las aguas. Sus pensamientos no habían llegado a este extremo; se imaginaba que sería más fácil, lleno de miedo, grita. Este grito revela el hecho de que Pedro no se conocía a sí mismo, porque presumía de sí, se consideraba ya capaz de participar de la debilidad de Dios; no conocía a Jesús, porque llega un momento en que ya no se fía de él, no comprende que es el Salvador y que en medio de la fuerza del huracán estaba allí Jesús para salvarlo.

b) En Mt 16, 15 Pedro, en nombre de todos, es el único que tiene valor para hablar, y ante la pregunta de Jesús: “Y vosotros ¿quién decís que soy yo?”, responde: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Jesús le responde: “Bienaventurado tú Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... Te daré las llaves del reino de los cielos”.

Ante estas palabras, Pedro se siente ciertamente contento: ha correspondido a la confianza que el Maestro tenía en él. Con estas palabras Pedro ha demostrado que está a la altura de la llamada que el Maestro le hizo cuando era pescador. Ciertamente que la revelación es de Dios, pero el destinatario es él.

Nos podemos imaginar, pues, el desconcierto de Pedro cuando a continuación, nada más abrir la boca y empezar a ejercer sus funciones, se le reprocha duramente. En efecto, cuando Jesús, inmediatamente después, empieza a decir abiertamente que debe “ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumo sacerdotes y los escribas, y ser matado”, Pedro lo lleva a parte con la intención de decir al Maestro honradamente algo que le será útil, y “se pone a reprenderle diciendo: “ Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte!” Es una

palabra que le sale del corazón, porque Pedro quiere a Jesús y piensa que son ellos quienes deben morir en vez de él, que debe reservarse para el reino. Imaginemos, pues, su contrariedad, su desconcierto por la respuesta de Jesús: Aléjate de mí, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios!” (16,23). Pedro ha hablado con toda la generosidad de su corazón, ha hablado por el bien de Jesús y de los compañeros, y ahora es tratado como si fuera Satanás.

c) Veamos los últimos actos del drama de Pedro en Mateo 26. Mientras se dirigen al monte de los Olivos Jesús dice: “Esta noche os vais a escandalizar todos por mi causa, porque está escrito: ‘Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño’. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea. Pedro replicó: ‘Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré’. Y lo mismo le dijeron también todos los discípulos”. Hemos de fijarnos que Jesús no les dice me negareis sino “os vais a escandalizar”. El escándalo es un obstáculo imprevisto que cumple la función de trampa. Para los discípulos será la imprevista oposición entre la idea que tenían de Dios y la que se revelará en aquella noche. El Dios de Israel, el grande, el poderoso, el que vence a los enemigos y, por tanto, no abandonará nunca a Jesús, es su idea de Dios, la que aprendieron del Antiguo Testamento. Ellos están en el error porque se creen tener ya la idea de Dios, pero todavía no conocen al Crucificado. Pedro piensa en la muerte pero una muerte heroica, con la espada en la mano. Pedro no piensa en otra clase de muerte: la ignominiosa, llena de humillación y burla, la silenciosa y objeto de vergüenza pública. El sueño de Pedro en esa noche no es un sueño físico, que no era momento para dormir, sino disgusto psicológico o abatimiento de quien no sabe qué hacer. Cuando Pedro ve a Jesús tirado en tierra, llorando y clamando, se le cae el alma a los pies. Dice el texto que “sus ojos se cerraban de sueño”. Esta expresión puede sugerir un estado de ceguera interior, de confusión mental que aflige el espíritu y lo vuelve pesado, turbio, ofuscado.

Pedro está confundido también en su identidad: ya no sabe quién es, que debe hacer, cuál es su misión en el reino de Dios, no sabe quién es este Jesús abandonado por Dios. La triple negación de Pedro no es más que una expresión de la gran turbación que vive dentro de su alma: ya no sabe quién es Jesús ni quién es él. He aquí la prueba de la fe de Pedro, no es tanto miedo como duda y turbación. Las palabras

de Pedro: “ No conozco a ese hombre!”. Aquí parece que el evangelista juega con el doble sentido de las palabras: “verdaderamente no comprendo quién es ese hombre, ahora es un enigma para mí, ya no puedo hacer nada por él, porque no sé quién es, no sé qué quiere, todo se está viniendo abajo. Dios siempre interviene a favor del justo; así pues este hombre no es justo, nos ha engañado. Este estado de confusión le lleva a jurar y a imprecicar contra este hombre. (C.M. Martini)

#### 4. La respuesta de fe:

“Sí, Señor, tú sabes que te quiero”

Lucas dice “Jesús pasó y lo miró”. En aquel momento, en aquella mirada Pedro comienza a comprender que se ha equivocado que no es él el que va a morir por Jesús sino Jesús por él. Y es ahí cuando comienza a comprender por fin que Dios se revela en el Cristo abofeteado, insultado, negado por él. Pedro comprende que su puesto es dejar que Jesús muera por él y se revele como amor y entrega.

La transformación de la fe en Jesús la vemos expresadas en la triple confesión de amor que le hace a la orilla del lago: Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?” Él le contestó: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”. Jesús le dice: “Apacienta mis corderos”. Por segunda vez le pregunta: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?” Él le contesta: Señor, tú sabes que te quiero”. Él le dice: “pastorea mis ovejas”. Por tercera vez le pregunta: “Simón, hijo de Juan ¿me quieres?”. Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: “¿Me quieres?” Y le contestó: “Señor, tú conoces todo; tú sabes que te quiero” (Jn 21, 15-18).

¿Dónde está aquel Simón precipitado, fiado de sí mismo, presuntuoso...? Ahora ha dejado de apoyarse en sí mismo y ha puesto toda su seguridad en Jesús. Por eso es ahora cuando empieza a ser Roca, es hora cuando comienza la misión que está significada en su nombre: ser la piedra sobre la que Jesús edificará su Iglesia.

Apenas dos meses después de negar a Jesús, y una vez confesado su amor y confianza, Pedro está junto con Juan ante el tribunal del Sanedrín. Ya no son unos sirvientes quienes le preguntan, sino el sumo sacerdote, los jefes de los ancianos, los escribas y fariseos. No solo le preguntan sino que le ordenan terminantemente que de ninguna

manera hablen o enseñen en nombre de Jesús. Y esto es lo que contesta Pedro: “¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto oído (...) Viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos” (Hch 4, 13. 19-21).

## 5. Actualidad del mensaje:

nuestra imagen de Dios ha de pasar necesariamente por la cruz y el sacrificio

La fe auténtica del discípulo es la que se deja educar por Jesús. Es importante progresar en la fe, es decir, salir de nuestro esquema mental a la hora de pensar en Dios y de imaginarnos su forma de ser y comportarse, y adherirse a la auténtica imagen de Dios que revela Jesucristo. Esta imagen de Dios pasa necesariamente por la cruz y el sacrificio para llegar a la gloria. Llama la atención que los discípulos no entendieron esto de golpe, sino que necesitaron una progresión y una evolución en su fe y un dejarse madurar por Cristo. Nosotros nos creemos que lo entendemos todo porque tenemos el Crucifijo en nuestras iglesias y en nuestras casas, pero la cruz es el culmen, el término final de la formación que imparte Jesús en la fe de sus discípulos.

## 6. Para profundizar en grupo

- Texto fundamentales: Jn 1, 40-42; Mt 4, 18-22; Mt 14, 16, 26; Jn 21, 15-18; Hec 4
- Busca Lc 22, 32. ¿Qué relación pueden tener esas palabras de Jesús con el hecho de que, a pesar de haber traicionado al Maestro, Pedro no se desesperó como Judas?
- Describe la fe de Pedro en Jesús antes de la Pasión y después de la Pasión de Jesús.
- Comenta cómo el Señor ha ido educando tu fe a lo largo de la vida y las circunstancias

## 7. Bibliografía

Aleixandre D., *La fe de los grandes creyentes*, Cuadernos Proyecto Catequista nº 5, CCS, Madrid 1997: 44-47: “Pedro: el discípulo se dejó educar por Jesús”

Martini C.M., *Los Ejercicios de San Ignacio a la luz del Evangelio de San Mateo*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2008, 151-169.

Pérez Riesco J., *Encuentros con Dios. Testimonios bíblicos*, El Perpetuo Socorro, Madrid 2005, 121-128.



# MARÍA DE NAZARET

(mayo)

*La fe como  
disponibilidad  
absoluta a los  
planes de Dios*

El ángel Gabriel le presenta a María de parte de Dios el encargo de ser la madre del Señor. María, en actitud de abandono, acepta la propuesta. Aparentemente todo es pasividad. En realidad, es fidelidad. La fe de María consiste en la afirmación incondicional a la voluntad del Padre. Como esclava, su voluntad la entrega al Señor. A él le corresponde tomar las iniciativas y a ella ejecutarlas con fidelidad y disponibilidad absolutas.

## 1. Presentación:

“Una virgen desposada con un hombre llamado José” (Lc 1,27)

Sobre María de Nazaret sabemos muy poco desde un punto de vista estrictamente histórico. Todos los evangelios la mencionan, pero informan muy poco sobre su vida; los datos que aportan no se sitúan en una perspectiva biográfica, sino de “noticia de salvación”. María se presenta siempre en función de su hijo como realización de las promesas del Antiguo Testamento.

La información histórica sobre ella se apoya fundamentalmente en aquellos pasajes del NT que aluden directamente a su persona. Son concretamente: Carta a los Gálatas 4,4; Evangelio de Marcos 3,31-35: la familia de Jesús le busca mientras él habla a la gente; Mc 6,3: sorpresa de la gente ante el saber de Jesús, “el carpintero, el hijo de María”; Evangelio de Mateo 1-2: narración de la infancia de Jesús; Evangelio de Lucas 1-2: narración de la infancia de Jesús, del Precursor, de la Anunciación, etc; Lc 11,27-28: el piropo de una mujer del pueblo; Hechos de los Apóstoles 1,14: en Jerusalén y en el marco de Pentecostés aparece María en el grupo de los primeros discípulos entregados a la oración; Evangelio de Juan 2,1-12: bodas de Caná; Jn 19,25-27: al pie de la cruz.

María de Nazaret es una mujer sencilla de pueblo que lleva una existencia absolutamente normal. Como mujer, recorre la escala de todos los estados de la vida: es primero doncella; luego, novia y prometida; más tarde, esposa y madre, que da a luz un hijo por el que se preocupa y sufre, al que ama, inicia en las costumbres y la fe de

su pueblo, con el que goza; luego será también mujer viuda; hacia los cuarenta y cinco años le arrebatan de modo ignominioso y cruento a su hijo y pasa al cuidado de uno de sus seguidores y amigos más íntimos; desde entonces, su vida cambia y sobre ella actúa el modo imperioso el signo de su hijo, que habiendo muerto, sigue vivo y participa tanto a ella como a sus seguidores una experiencia completamente nueva; a partir de esta experiencia nueva de fe, ella comprende progresivamente el sentido de innumerables enigmas surgidos en el correr de los años del trato de su hijo: gestos y palabras suyas que no acertaba a penetrar, pero que solícita y respetuosa “guardaba en su corazón”; esta mujer que fue la madre del Señor Jesús se convierte para el pequeño grupo de los primeros cristianos en punto de referencia capital: ella sabe más que nadie de Jesús y prolonga en cierto sentido su presencia terrena.

## 2. La llamada:

“Has encontrado gracia ante Dios” (Lc 1,30)

María tendría unos 15 años cuando experimentó un encuentro decisivo con Dios. Vivía en Nazaret. Era virgen desposada cuando tuvo esta experiencia religiosa. Ningún otro encuentro interpersonal ha tenido tanta importancia y trascendencia como éste de María con Dios.

El ángel se acerca a María y le propone de parte de Dios si acepta ser la madre del Verbo que quiere hacerse hombre para salvar a la humanidad. S. Bernardo presenta la creación entera en trance de expectación, conteniendo el aliento para oír la respuesta de María: “Di que sí, le dicen los montes, los mares, el viento, los hombres y todo ser viviente; di que sí, pues de tu sí depende la salvación”.

Es significativo que en su saludo el ángel omita el nombre propio de María. El saludo del ángel lo podemos traducir como repleta de gracia o encantadora. Significa que Dios encontró en María un encanto o simpatía muy especial. Por eso se le comunica que “el Señor está con ella”, expresión bíblica que indica una asistencia extraordinaria de parte de Dios.

Primeramente se le anuncia que será madre del Mesías. Ese había sido el sueño dorado de toda mujer en Israel, particularmente desde los días de Samuel. Ante este anuncio ella quedó extrañada y emocionada. Pero la extrañeza de María debió ser mucho mayor todavía con la

segunda notificación: que dicha maternidad mesiánica se consumaría sin participación humana, de una manera prodigiosa. Se trascendería todo el proceso biológico y brotaría una creación original y directa de las manos del Omnipotente, para quien todo es posible (Lc 1,37).

### 3. La prueba:

¿Cómo será eso pues no conozco a varón”

Hay que entender la “situación vital” de María en el momento de la anunciación. María, joven inteligente y reflexiva, midió exactamente su enorme responsabilidad. Delante de ella se levantaba, alta como una muralla, una responsabilidad histórica. Y delante de la muralla estaba ella solitaria e indefensa. Se le había hecho una pregunta y ella tenía que responder.

Según cómo sea su respuesta, se desequilibrará la normalidad de su vida; ella lo sabe. Si la joven responde que no, su vida transcurrirá tranquilamente, sus hijos crecerán, vendrán los nietos y su vida acabará normalmente en el perímetro de las montañas de Nazaret.

Si la respuesta es afirmativa, arrastrará consigo serias implicaciones, se desencadenará un verdadero caos sobre la normalidad de una existencia ordenada y tranquila. Tener un hijo antes de casarse implica para ella el libelo de divorcio de parte de José, ser apedreada por adúltera, quedar socialmente marginada y quedar estigmatizada con la palabra más ofensiva para una mujer en aquellos tiempos: harufá (la violada).

Además, más allá de las consideraciones humanas y sociales, ser madre del Mesías implicaba –ella lo sabía- entrar en el círculo de una tempestad.

Una nube de dudas y preguntas se habría cernido sobre la joven. Sin participación humana! Jamás aconteció cosa semejante. ¿Será posible? Nadie puede enterarse de esto; yo sola con el secreto en el corazón. Y si la noticia se divulgara nadie la podría acreditar ni aceptar, van a decir que estoy loca, cuando José se entere, ¿qué dirá? Dios mío! ¿Qué hago? ¿Qué respondo?

#### 4. La respuesta de fe:

“Soy una sierva del Señor; hágase en mí según su palabra” (Lc 1,38).

María, como adulta en la fe, por encima de todas las perplejidades y preguntas y, llena de paz, humildad y dulzura, confía y se entrega: “He aquí la esclava del Señor ; hágase en mi según su palabra” (Lc 1,38). María manifiesta una tremenda confianza, un abandono audaz y temerario en las manos del Padre, pase lo que pase, aceptando todo los riesgos. María se expone al riesgo, y da el sí de su vida sin otro motivo que su fe y su amor. Si la fe se caracteriza, precisamente, por la decisión arriesgada y la soledad bajo la carga impuesta por Dios, la fe de María fue única. Ella es el prototipo del creyente. “Con su hágase, la Señora decía de hecho amén a la noche de Belén sin casa, sin cuna, sin matrona –aunque ella no tuviera conciencia explícita de esos detalles-, amén a la fuga de un Egipto desconocido y hostil, amén al silencio de Dios durante treinta años, amén a la hostilidad de los sanedritas, amén cuando las fuerzas políticas, religiosas y militares arrastraron a Jesús al torrente de la crucifixión y de la muerte, amén a todo cuanto el Padre disponga o permita y que ella no pueda mudar” (I. Larrañaga, El silencio de María, 77).

#### 5. Actualidad del mensaje:

no rebelarse sino abandonarse en la voluntad de Dios

Abandonarse en las manos de Dios es lo más difícil de la fe y María lo hizo. Muchas cosas nos suceden y parecen sin sentido y absurdas, oscuras y tristes. Y nos preguntamos con angustia si Dios existe por qué permite todo esto, por qué no habla, por qué no actúa, por qué se calla. Pero la enseñanza de María consiste en que ella no se rebeló sino que se abandonó. A cada pregunta, a cada contratiempo, a cada contradicción, a cada duda ella respondió con su “hágase”. La fe de María nos enseña que lo más importante no es entender o saber sino aceptar y entregarse. Hablando de María el Concilio dice que mantuvo el hágase a lo largo de toda su vida (LG 61), incluso cuando no veía porque tenían que suceder las cosas como sucedieron, incluso cuando no comprendía, ella mantuvo el hágase de la anunciación y se entregó en silencio y paz a Dios. Eso es la fe.

## 6. Para profundizar en grupo:

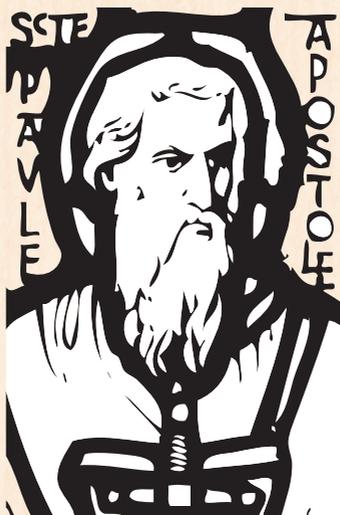
- Textos fundamentales: Lc 1, 26-38; 2, 1-51; 23, 1-56
- ¿Estás dispuesto a decir “hágase” como María, te agrade o no lo que Dios tiene previsto para ti?
- Cosas en tu vida que no has entendido a la primera pero con el tiempo has descubierto que era la voluntad de Dios
- ¿No crees que muchas veces pesa en nosotros el concepto de fe en María como quien lo tiene fácil y resuelto precisamente por ser la madre del Señor? ¿Qué nos enseña la fe de María?

## 7. Bibliografía

Pérez Riesco J., *Encuentros con Dios. Testimonios bíblicos*, El Perpetuo Socorro, Madrid 2005, 91-99.

Larrañaga I., *El silencio de María*, San Pablo, Madrid 1998.

Rubio M., *María de Nazaret*, Narcea, Madrid 1981.



# PABLO DE TARSO

(junio)

*La fe  
no se acobarda  
ante los  
fracasos*

PABLO DE TARSO

Nos gusta decirle a Dios qué es lo que tiene hacer y cómo tiene que actuar, nos cuesta más reconocerlo en las dificultades y en los fracasos. También en la evangelización y en la catequesis, le decimos a Dios qué es lo que tiene que hacer. Nos creemos que en San Pablo todo eran éxitos y resultados, pero en esta catequesis nos puede enseñar que de una experiencia de fracaso Dios puede valerse para realizar su proyecto de salvación.

## 1. Presentación:

“Mucho más yo”

Pablo nace unos 8 o 10 años después de Cristo, de padres judíos, en Tarso de Cilicia. Por nacimiento tiene derecho a la ciudadanía romana, derecho que saca a relucir en varias ocasiones en su defensa.

Tarso es ciudad de cultura griega. En la formación de Pablo influirán dos culturas: la griega y la judía. Sus lenguas maternas serán el griego y el arameo. En Tarso aprende el oficio de tejedor de tiendas, que más tarde ejercerá juntamente con el de predicador del Evangelio; así no será una carga para las comunidades cristianas.

A los 14 o 15 años va a Jerusalén y aquí recibe una buena formación judía del fariseo Gamaliel. Al terminar sus estudios debió volver a Tarso, coincidiendo, tal vez, esta estancia en Tarso con los tres años de la predicación de Jesús en Palestina, a quien no conoció físicamente.

La primera aparición pública de Pablo la recoge el libro de los hechos de los Apóstoles (7,58) cuando la lapidación de Esteban: “Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo”. Los asesinos le confían sus mantos mientras apedrean a Esteban, y Pablo aprueba lo que están haciendo.

Era fariseo y de los más fanáticos; llegó a ser escriba y posiblemente miembro del Sanedrín, pues otorga su voto contra los cristianos.

Debió ser fuerte de cuerpo. En el capítulo 11 de 2 Corintios, en los versículos 22 a 29, hace una enumeración de lo que ha hecho y sufrido por el Evangelio que supone un cuerpo fuerte, una voluntad de hierro y

un sistema bien templado: “¿Que son hebreos? También yo. ¿Que son israelitas? También yo. ¿Que son descendencia de Abrahán? También yo. ¿Que son siervos de Cristo? Voy a decir un disparate: mucho más yo! Más en fatigas; más en cárceles; muchísimo más en palizas y, frecuentemente, en peligros de muerte. De los judíos he recibido cinco veces los cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido azotado con varas, una vez he sido lapidado, tres veces he naufragado y pasé una noche y un día en altar mar. Cuantos viajes a pie, con peligros de ríos, peligros de bandoleros, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos, trabajo y agobio, sin dormir muchas veces, con hambre y sed, a menudo sin comer, con frío y sin ropa. Y aparte todo lo demás, la carga de cada día: la preocupación de todas las iglesias. ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién tropieza sin que yo me encienda?”

Es todo carácter. Vemos en él voluntad de hierro, constancia inquebrantable, ambición de conquistador. Es apasionado, impetuoso, dominador. No se arredra por nadie ni por nada. Tiene ímpetu de fuego de oriente; tesón y constancia de occidente. Es un líder que arrastra, siempre en tensión. Bernabé, bueno y complaciente, lo presenta a los cristianos de Jerusalén. Después cuando Pablo está en Tarso, va en su busca para que evangelice en Antioquia; salen juntos en el primer viaje apostólico; y el que hasta ahora era discípulo, se convierte en maestro del maestro. (Pérez Riesco)

## 2. Vocación:

“Ese hombre es un elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel” (9,15)

Pablo marcha a Damasco montado en su caballo, respirando odio a todo lo que fuera cristiano. Estando muy cerca de la ciudad, una luz venida del cielo, como un relámpago, derriba a Saulo del caballo, y un desconocido le dice: “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?”. Él respondió: “¿Quién eres, Señor?”. Y él: “Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y allí se te dirá lo que tienes que hacer” (Hch 9, 3-6).

Desde este momento el perseguidor Saulo se convertirá en el apóstol Pablo. “Jamás se ha visto una transformación tan completa.

Quedaba el hombre sin todos sus arrebatos, sin todas sus violencias; nada de sus antiguos sentimientos y de sus antiguas ideas, de su orgullo, de su odio, de la sed de sangre. Dios había cogido el vaso, lo había vaciado de su propia ignominia y, lleno de su gracia, lo presentaba al mundo como un vaso de elección” (Pérez de Urbel)

¿Fue un milagro o una alucinación? ¿Influyó en Saulo la muerte de Esteban y la de los demás mártires cristianos? ¿Se puede explicar la conversión sencillamente por una razón sociológica? No. Sólo tiene explicación por la aparición de Cristo resucitado. Pablo no ha buscado ni se ha preparado para el encuentro con Cristo. Todo lo contrario; contemplaba a Cristo muerto, y quiso terminar con los cristianos, que consideraba como un peligro para la religión judía. Pero en el camino de Damasco Cristo irrumpe en la vida de Pablo y queda “apresado”, conquistado por Jesús (Flp 3,12).

Pablo es un enamorado de Jesús. Da la impresión de que al encontrarse con él, ha encontrado el tesoro escondido (Mt 13,44): merece la pena darlo todo para poseer este tesoro: Jesús. El propio Jesús será en adelante la razón de su vida, quien le da fuerza para recorrer incansablemente tantos lugares, soportar tantas penalidades, exponerse a tantos peligros. Surge ese amor apasionado por Jesús al sentirse amado por él. Tiene conciencia de haber sido un gran pecador. Escribe a su discípulo Timoteo: “Antes fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente” (1Tm 1,13); siendo como un aborto, el Señor lo miró y lo llamó. Y al ver lo que ha hecho por él no puede menos de corresponder con amor: “Me amó y se entregó por mí”. Este amor y entrega exigen amor y entrega; lo expresa con aquellas palabras. “Me gastaré y me consumiré” (2Cor 12, 15) y con aquellas otras: “El amor de Cristo nos apremia” (2 Cor 5,14).

### **3. La prueba:**

“Al oír ‘resurrección de entre los muertos’ unos lo tomaban a broma, otros dijeron: ‘De esto te oiremos hablar en otra ocasión’”

De Pablo solemos recordar, ante todo, sus éxitos apostólicos. Pero su vida de apóstol estuvo llena de pruebas y fracasos y es ahí donde Pablo da una respuesta de fe. Recordemos un momento no especialmente brillante de su trayectoria pastoral. Se trata de su predicación en el Areópago que fue precisamente un fracaso. Nos lo cuenta

Lucas en el capítulo 17 de los Hechos de los apóstoles: Pablo llega a Atenas, la capital del mundo griego, la sede de aquella maravillosa cultura. Visitando el Partenón se dio cuenta de las cientos de estatuas de dioses esparcidas por toda la colina. Los griegos incorporaban a su panteón a los dioses de los pueblos que iban conquistando.

La primera reacción de Pablo fue de furia, pero después cayó en la cuenta de que por la vía de la crítica frontal no iba a conseguir nada y entonces elabora cuidadosamente un discurso muy pensado, dirigido a los filósofos de las escuelas de epicúreos y estoicos que se ponen a escucharle en el Areópago, atraídos por la curiosidad. “¿Qué querrá decirnos este charlatán?”, decían unos. Otros decían: “Parece un propagandista de divinidades extranjeras”.

Y la pasión evangelizadora de Pablo posiblemente se puso a soñar lo que podría significar para el avance del evangelio el que aquellos hombres sabios e influyentes se convirtieran al cristianismo. Y comenzó diciéndoles: “Atenienses, observo que sois en extremo religiosos, pues paseando y observando vuestros lugares de culto, sorprendí un ara con una inscripción: “Al dios desconocido”. Pues bien, al que veneráis sin conocerlo yo os lo anuncio” (Hec 18, 22-23).

Mientras que estaba en este terreno, todo va bien. Pero Pablo no podía ser infiel al Evangelio de Jesús de manera que sigue diciendo: “... del hombre a quien Dios ha designado y ha dado a todos la garantía de esto, resucitándolo de entre los muertos. Al oír la resurrección de los muertos unos lo tomaban a broma, otros dijeron: De esto te oiremos hablar en otra ocasión. Y así Pablo abandonó la asamblea” (Hch 17, 31-33).

Ni siquiera tuvo tiempo de pronunciar el Nombre de Jesús: antes de que pudiera hacerlo, ya habían llovido sobre él las sonrisas, las burlas, las descalificaciones, el desprecio, las espaldas vueltas. Todo suena a fracaso absoluto, a un camino cerrado al evangelio.

#### **4. La respuesta de fe:**

“Algunos se le juntaron y creyeron” (17,34)

Aquello no terminó en un fracaso del apóstol sino que nos dice el texto: “Algunos se le juntaron y creyeron: entre ellos Dionisio el areopagita, una mujer llamada Damaris y algunos más con ellos” (Hec 18, 34)

Dios tenía otro proyecto para la comunidad de Atenas: no iba a nacer de los sabios y entendidos sino de la pequeña semilla, casi insignificante de aquel pequeño grupo de hombres y mujeres que se decidían a abrazar la fe. Y Pablo debió aprender mejor aquel día por qué extraños caminos, a través de que pequeñas semillas se abre paso el evangelio.

## 5. Actualidad del mensaje

Nosotros tenemos que aprender a inculturar nuestro lenguaje, a acercar el mensaje a la mentalidad de la gente, a dialogar con la cultura, pero tenemos sobre todo que realizar un trabajo de conversión de nuestros deseos de eficacia, de éxito, de identificación con los sistemas de marketing, de nuestras tentaciones de cuantificar y medir según nuestros criterios mundanos. La evangelización de hoy ha de pasar por lo que podemos llamar un boca a boca, por progresos lentos de acompañamientos personal. La Iglesia ha perdido su influencia de antaño y en el fondo añoramos los tiempos de un cristianismo masivo.

Puede sobrevenirnos la tentación de “intentar recobrar privilegios antiguos” y se pretende un retorno a estructuras sociológicas pre-moderas para crear las condiciones más idóneas para la evangelización.

Son tiempos de recordar la parábola de la mostaza, la más pequeña de las semillas y la de la levadura que fermenta escondidamente en medio de la masa. De esta manera nosotros nos embarcamos en todos nuestros trabajos apostólicos con la confianza de que el Señor nos toma como servidores suyos, no porque nosotros seamos fuertes, sino porque nos repite como a San Pablo: “Mi gracia te basta, porque mi fuerza se realiza en la debilidad” (2 Cor 12, 9). (D. Alexandre)

## 6. Para profundizar en grupo:

- Textos fundamentales: Hechos 9, 13, 17, 22; 2 Cor 11, 22-29; Gálatas 1, 11-17
- Rasgos de la falsa imagen de Dios que tiene el mundo.
- Rasgos de la falsa imagen de Dios que tenemos los cristianos.
- Rasgos de la imagen de Dios que brota del Evangelio.
- Situaciones de tu vida en las que Dios se ha servido de un fracaso para manifestar su gracia.
- ¿De dónde sacaremos la fe para la “nueva evangelización”?

## 7. Bibliografía

Aleixandre D., La fe de los grandes creyentes, 61-71

Aleixandre D., Catequistas en tiempos difíciles, qué nos enseña la Biblia, en Jornada “Amigos de Proyecto catequista”, CCS, Madrid 1996, 61-63.

Pérez Riesco J., *Encuentros con Dios. Testimonios bíblicos*, El Perpetuo Socorro, Madrid 2005, 196-204.





